



se

i sorpresa, oh querida sorpresa!

ralph barby



Condujo su «Mercedes Benz» último modelo, color blanco, por la autopista del Este. Luego, abandonó la amplia autopista para introducirse por una carretera de tercer orden que si no estaba excesivamente señalizada, sí se hallaba asfaltada cuidadosamente, introduciéndose en el seco y ardiente desierto californiano.

Había poca circulación y mucho sol, un sol blanco y cegador. Bert Punch protegía sus ojos con gafas de sol de gruesa montura y cristales bastante oscuros, tanto que hasta que no se quitaba las gafas no podía verse que sus pupilas eran grises azuladas.



Ralph Barby

¡Sorpresa, oh querida sorpresa!

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1234

ePub r1.0

Titivillus 07-12-2019

Título original: *¡Sorpresa, oh querida sorpresa!*
Ralph Barby, 1974

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Condujo su «Mercedes Benz» último modelo, color blanco, por la autopista del Este. Luego, abandonó la amplia autopista para introducirse por una carretera de tercer orden que si no estaba excesivamente señalizada, sí se hallaba asfaltada cuidadosamente, introduciéndose en el seco y ardiente desierto californiano.

Había poca circulación y mucho sol, un sol blanco y cegador. Bert Punch protegía sus ojos con gafas de sol de gruesa montura y cristales bastante oscuros, tanto que hasta que no se quitaba las gafas no podía verse que sus pupilas eran grises azuladas.

Su pelo rubio albino, descuidado en el peinar, le cubría en parte las orejas y la frente, una frente que, de retirarse los cabellos, podía verse amplia, naciendo sobre unas cejas duras y resistentes.

Se internó en el desierto unas treinta millas. Pasó junto a algunos clubs de los que habían nacido en el páramo ante la asfixiante avalancha de las playas, repletas de carne humana asándose bajo el sol; de detritos pudriéndose; de *hippies* y seres de otras sectas medio mendigando y los rateros y criminales habituales en las grandes concentraciones humanas.

Los avanzados, y que además podían pagarlo, escapaban de las playas oceánicas para ir a tostarse a los lujosos y exclusivos clubs del desierto.

Al fin, junto a la carretera, divisó un verde arbolado encerrado tras unos muros blancos. Aquello era el Sun and *Water Club*.

La entrada para los coches era amplia, pero había un control de barrera alzable y unos letreros que advertían: «prohibida la entrada a los peatones. Diez dólares *parking* coche por día, y cinco dólares por viajero coche».

Bert Punch silbó ligeramente. Con amable sonrisa, el vigilante de la puerta le entregó su tarjetón y hubo de abonarle los quince dólares.

—Un poco caro, ¿no cree? —observó mirándole irónico a través de sus gafas.

—Cuesta mucho traer el agua hasta aquí, señor, y hace falta agua para convertir este lugar en un oasis.

—Sí, ya lo supongo.

Tras el saludo del portero, rodó hacia el *parking* que protegía los coches del sol con coquetones tejadillos.

A Bert Punch no se le escapaba que en aquellos quince dólares sólo se incluía el derecho de entrar, nada más. El club era exclusivo, aquella barrera económica hacía de tamiz y no había cuidado de que allí penetraran *hippies*, *beatnicks* o cualquier otro grupo de jóvenes predicadores del amor y con los bolsillos vacíos.

Allí no había polución atmosférica, detritos pudriéndose al sol que contaminaran el ambiente de hedor ni ratas o mosquitos que perturbaran la paz y el descanso de quienes se acogían bajo las instalaciones del Sun and *Water* Club.

Incluso, las alimañas del desierto quedaban al otro lado de los muros pintados por su parte exterior con mezclas insecticidas y antiarácidas.

El sol seguía brillando con fuerza, mas todo cambiaba cuando uno había penetrado en el recinto del club. Allí, la tierra estaba bien regada, crecía un sorprendente césped.

Rodeadas de árboles y jardines, estaban las instalaciones de restaurante, cafetería y discoteca, amén de habitaciones para quien pudiera pagarlas, pero todo ello sin alzarse más de un piso de altura. El Sun and *Water* Club se había provisto de una costosa canalización de agua dulce de primera calidad, lo cual constituía todo un reto y un lujo en mitad del desierto.

El club disponía de varias y amplias piscinas.

Bert Punch caminó entre los parterres, provistos de hamacas acolchadas. No había mucha gente, que era lo que realmente deseaban los asiduos al club.

Allí abundaban las mujeres jóvenes y hermosas y los tipos obesos y cincuentones. Deambulaban también algunos gigolós profesionales, sonriendo no a las muchachas jóvenes sino a las ya ajadas maduras que se resistían a serlo y que rehuían cuidadosamente la proximidad de alguna joven que, como ellas, lucía bikini, para evitar las odiosas comparaciones.

El recién llegado, vestido con pantalón blanco y camisa floreada medio abierta, por entre la que asomaba un vello rubio, se llevó las miradas más o menos disimuladas de la mayoría de las hembras que, tumbadas en hamacas y con las mínimas expresiones de

bikinis, se escondían bajo las sombras de los árboles mientras recibían en sus pieles el cálido, pero seco aire del desierto.

Buscaba a una mujer concreta que debía de estar por allí con un bikini imitando piel de leopardo y gafas de sol con montura de mariposa. Al fin, dio con ella.

Se hallaba tendida en una hamaca que tenía el mismo color que el césped sobre el que estaba colocada. La fémina tenía la piel bronceada y Bert supuso que los lugares que el bikini ocultaba también estarían bronceados por obra y gracia de las lámparas ultravioleta.

La figura de la mujer era perfecta, no se podía objetar nada, todo lo contrario. Su piel era sedosa, tersa y joven y supuso que en aquellos momentos, cálida.

Su cabello era largo y rubio, aunque no tan claro como el del hombre. En cuanto a sus ojos, nada podía decir, puesto que permanecían ocultos tras las gafas oscuras.

—Es una sorpresa hallar una mariposa tan linda en mitad del desierto —le dijo con claridad.

La fémina, indudablemente joven, no se había movido, pero debía de observarle fijamente a través de las gafas.

—Creí que los detectives privados sólo eran guapos en las películas —le respondió.

—En algunos telefilmes ya los ponen gordos.

—A mí me gustan delgados, varoniles, fuertes, de mentón duro y resueltos.

—¿Me está describiendo?

—Petulante.

Se levantó de la hamaca. Se calzó unas ligeras sandalias doradas y con elegancia no exenta de sensualidad, echó a andar. Aquella mujer tenía algo de felino, algo que forzosamente y por derecho propio, atraía las miradas masculinas ante el rechinar de dientes de la competencia.

Bert supuso que debía de seguirla y así lo hizo.

Caminaron hacia los vestuarios individuales.

La joven sacó un llavín que colgaba del lazo que ajustaba su bikini a mitad de la cadera, un lazo muy tentador, y lo introdujo en la cerradura.

Apareció un limpio y cuidado vestidor individual de unos dos

metros cuadrados, con una butaca, unas perchas y un espejo. En una de las perchas había un bañador masculino.

—¿Hemos llegado al paraíso? —preguntó Bert irónico.

—Entre.

—Como no —dijo él empujando a la mujer al interior del vestidor y cerrando después.

—Le he dicho que entrara, no que me entrara.

—Disculpe, a veces soy algo torpe. Ya me lo dijo una joven profesora que tuve cuando chico y me lo corroboró después la primera novia que debía de haberme dado un tortazo.

—¿Y no lo hizo?

—No, por eso me dije que debía de cambiar de aires, claro que tardé un mes más.

—Se cree muy listo, ¿eh? —le preguntó mientras no se molestaba en apartar la mano del hombre que acariciaba sus largos y rubios cabellos.

—¿Ha oído hablar de algún detective privado que se considere tonto?

—No me gustaría que usted fuera el primero, sería decepcionante.

Él se inclinó para besarla, pero se encontró con que ella, rápidamente, había tomado el bañador que estaba colgado. Se lo puso en la cara diciendo:

—Póngaselo pronto. Le espero afuera.

Escurridiza como un pez, salió del vestidor. Resignado, Bert Punch se quitó la ropa y se puso el bañador. Sólo le quedó el reloj que llevaba encima, ya que no usaba ninguna clase de anillos.

Cuando se hubo cambiado, halló a la esbelta fémina aguardándole en el corredor. Seguía escondiendo sus ojos tras las gafas.

—Sígame.

—Presiento que voy a tener que remojar me.

—En este infierno, es un placer.

—Hay muchos agradables placeres en esto que usted llama infierno. La mujer echó a andar. Bert Punch había acudido allí citado, pero ella aún no parecía querer soltar nada importante.

Por unos instantes, Bert Punch había querido interrogarla, pero supuso que ya hablaría cuando llegara el momento.

La mujer le llevó hasta el borde de la más grande piscina. El agua estaba azul, nítida por completo. Era de dimensiones olímpicas y

bastante profunda. Curiosamente, nadie se bañaba en aquellos instantes, pero en medio de la piscina había un amplio colchón neumático de lona cauchutada color amarillo.

Tendido sobre él, protegido por gafas de sol, un sombrerito de paja y un tarro entero de crema, estaba un hombre de piel blanca, cincuenta años en las costillas y casi la mitad del peso de su humanidad metido en la panza.

—Él le está esperando.

—¿La entrevista ha de celebrarse en mitad de la piscina?

—¿Es que no sabe nadar? —preguntó ella sonriéndose.

Sin responderle, Bert Punch dio un salto perfecto en el aire y se zambulló en el agua sin salpicar, despertando la admiración de las jóvenes repartidas aquí y allá y que le habían estado siguiendo con la mirada.

Cuando reapareció en la superficie del agua, Bert comenzó a nadar a braza hacia el hombre de la colchoneta que ni siquiera giró la cabeza para verle; le oyó llegar.

—Bien venido a la cita, señor Punch.

—¿Quién es usted?

—Llámeme Hammon.

—¿Hammon? Por lo menos es más original que Smith o Brown —objetó Bert junto al colchón amarillo mientras aquel tipo seguía tomando el sol, filtrado a través de la grasa sintética y natural.

—Señor Punch, le he citado aquí porque es un lugar seguro. En derredor no hay micrófonos ni posibilidades de que nuestra conversación sea grabada.

—Hay micrófonos a distancia.

—Esperemos que haya suerte, señor Punch. La perfección completa no existe.

—Me han encomendado muchos trabajos raros, pero ésta es la primera vez que me citan en mitad de una piscina.

—El trabajo que le voy a encargar es algo difícil y complicado. Hay que tomar muchas precauciones y siempre serán pocas.

—Hábleme del precio.

—Cincuenta mil.

—Hum, es una buena cifra. Seguiré escuchándole.

—Hay que buscar un *dossier*.

—¿Robado?

Hammon se sonrió.

—No, hay que robarlo.

—Oiga, ¿me ha tomado por un ladrón a sueldo en lugar de un detective privado?

—Es un

W. H. M.

y se me ha sugerido que le contrate para que me entregue ese *dossier*. El precio es francamente interesante.

Al oír que lo identificaban como un

W. H. M.,

Bert Punch frunció el ceño con cierta suspicacia.

—¿Quién se lo ha sugerido?

—No haga preguntas, señor Punch. Tiene libertad completa para emplear cualquier medio que sea necesario para conseguir ese *dossier*.

Bert Punch sabía qué significaban aquellas palabras:

Le facultaban para eliminar obstáculos, fueran de la clase que fuesen, siempre que no lo hiciera torpemente y la policía le capturara.

—Quiero datos.

—Los tendrá en su momento. No volverá a ponerse en contacto conmigo hasta que se lo diga.

—¿Para qué departamento trabaja?

—Soy una abejita del Pentágono, no puedo responderle más. Llame por teléfono a papá Douglas y pregúntele por Hammon.

—¿Ha autorizado papá Douglas los cincuenta mil?

—Sí, él ha sido. Ahora, señor Punch, ya puede marcharse, hemos hablado suficiente. En su momento, obtendrá los datos que le hacen falta. Buena suerte y cuídese. Este año es muy caluroso y las avispas están furiosas.

Antes de que Hammon pudiera evitarlo, Bert Punch le quitó todos los tapones al colchón neumático y éste comenzó a deshincharse rápidamente ante el disgusto de Hammon.

—¿Qué ha hecho? ¡No sé nadar, no sé nadar!

—Cuando uno se mete en líos, hay que saber nadar, amigo Hammon.

Comenzó a nadar en dirección a la orilla de la piscina mientras el cincuentón chapoteaba sobre el colchón que se hundía.

—¡Socorro, auxilio!

Bert se sentó en el borde de la piscina, sonriente. Buscó con la mirada a la bella mujer del bikini de leopardo y las gafas de mariposa, mas ya no estaba, había desaparecido.

Un empleado del club lanzó a Hammon un ancho flotador circular al que iba atada una cuerda. Hammon chapoteaba torpemente mientras la gente permanecía tranquila en sus hamacas y el empleado gritaba:

—¡Agárrese al flotador, yo tiraré de él hacia la orilla!

Bert Punch se dirigió al vestidor. Allí, encima del asiento, descubrió un sobre. Lo observó con suspicacia, era abultado.

Lo abrió y en su interior habló un montón de billetes usados de diversos valores y una llave de los guarda equipajes automáticos del aeropuerto transoceánico de Los Angeles.

En un papel, con letra de imprenta, pudo leer:

«BUENA SUERTE. ESTO ES PARA EMPEZAR».

Bert oprimió un pequeño resorte de su reloj de pulsera *water-proof* y se escuchó un leve silbido. Después, volvió a pulsar y comenzó a oír la voz de Hammon que decía:

—Bien venido a la cita, señor Punch.

Toda la entrevista estaba grabada. Detuvo el reloj tras asegurarse de que había funcionado bien como minúsculo y disimulado magnetófono y abandonó el vestidor para dirigirse al *parking* en busca de su coche. El caso sólo había hecho que comenzar.

CAPÍTULO II

Se alejó del Sun and *Water* Club, aislándose sobre la pista de asfalto recalentado por el astro rey en medio del desierto californiano.

Bert Punch conducía veloz. Hallarse solo en la carretera le permitía rodar sin peligros y con facilidad.

De pronto, a través del retrovisor, descubrió un punto oscuro que fue agrandándose hasta convertirse en un motociclista que rodaba a gran velocidad con una potente máquina.

A medida que se acercaba, pudo ver su casco blanco y el uniforme. Aquel hombre parecía un vigilante de carreteras.

No disminuyó la velocidad, ya que el guardia no llevaba la sirena conectada. Ello indicaba que no le perseguía, pues tampoco hacía indicaciones para que se detuviera.

El oficial de la carretera se puso tras su automóvil durante unos minutos y a escasa distancia, como si estuviera vigilando, pero Bert Punch no se inmutó por ello.

A través del retrovisor intentó ver la cara del agente, pero era muy difícil. El casco le cubría parte de la frente y las gafas eran grandes, ocupándole media cara.

De pronto, el motorista aumentó el gas de su máquina de quinientos centímetros cúbicos y haciéndose a la izquierda comenzó a rebasar a Bert Punch.

En seguida, se percató de una extraña maniobra del agente.

Éste acababa de sacar algo del bolsillo y se lo tiró al interior del coche, cayendo a los pies de los asientos postreros.

Luego, aumentó la velocidad, alejándose a doscientos por hora sobre la recta asfáltica en mitad del desierto.

—¡Cabrito! —masculló Bert pisando el freno a fondo.

Los neumáticos chirriaron sobre el asfalto. El auto se salió de la carretera y Bert Punch saltó al suelo lanzándose de cabeza a una hendidura de tierra.

Allí, aguardó quieto, cubriéndose la cabeza durante unos segundos interminables.

Al fin, sucedió lo que había supuesto. El regalito que le había

lanzado el falso agente de carreteras hizo explosión, reventando su querido «Mercedes-Benz» último modelo que quedó envuelto en llamas.

Con las mandíbulas apretadas, se levantó observando su coche destrozado y ardiendo. Miró hacia la carretera, mas ya nada quedaba de aquel motorista que había tratado de enviarle al infierno.

Esperó hasta que se acercó un coche que debía de proceder del Sun and *Water Club*.

Bert Punch pidió con el pulgar que se detuviera y la morena que conducía el descapotable pisó el freno observando el auto que todavía humeaba, aunque ya se habían consumido las llamas.

—¿Qué le ha pasado, amigo?

—Supongo que ha sido un reventón. Por poco no lo cuento, el coche se ha incendiado.

—Pues sí que es una suerte haber salvado la vida —opinó la mujer abriéndole la portezuela para que subiera.

Al sentarse junto a ella, pudo observar que la ropa que vestía era tan escasa como para causar el «*crack*» entre los fabricantes de tela.

El coche reanudó la marcha. Ella preguntó:

—¿Se dirige a Los Angeles?

—Sí, y me llamo Bert.

—Yo, Joan. Por cierto, ha sido muy divertido lo que le ha hecho al gordo.

—¿Estaba junto a la piscina?

—Sí. Aquel tipo parecía una marsopa resoplando. Creo que ha bebido agua suficiente para todo el mes.

—Siempre lo he dicho, no se debe de meter uno en el agua sin saber nadar, salvo que sea tan linda como usted y haya un tipo bien parecido cerca.

—¿Como usted?

—Yo no lo he dicho.

—Le caía mal ese sujeto, ¿eh?

Con naturalidad, sin demostrar inquietud o desasosiego por la trastada que acababa de gastarle el falso policía, de la guantera del «Mercury» descapotable tomó un paquete de cigarrillos.

Sacó uno, lo encendió y lo puso entre los labios femeninos. Después, encendió otro para él.

—¿La rubia que estaba con usted es la amante del gordo?

—¿Qué le hace pensar eso?

Ella se encogió de hombros.

—No sé, a lo mejor, por eso quería ahogarlo, claro que conozco a algunos que van por el club que cuidarían al gordo y se acostarían con la rubita.

El la observó a través de las gafas que protegían sus ojos gris azulados del tórrido sol. Con ironía, preguntó:

—¿Eres de las que se arriman al árbol que más sombra da o tienes tu propio follaje?

—Si te refieres a si soy hija de papá o bien me tengo que buscar a un gordo como el de la piscina, te diré que poseo dinero suficiente como para hacer lo que me venga en gana.

—Te felicito. En este perro mundo, todos no podemos decir lo mismo.

—Tú no pareces de la clase de tipos que van tras las mujeres —hizo una intencionada pausa, agregando— por dinero.

—¿Ah, no? ¿Qué crees que soy?

—Un tipo suficiente y algo soberbio que suele meter las narices donde no le importa.

—Has dado en el clavo.

—Estudié un poco de psicología.

—¿Sobresaliente?

—No, calabazas. Desde entonces, no me ahogo en la vida.

Joan conducía con rapidez. Bert Punch tenía demasiado en que pensar y por ello no prestó excesiva atención a aquella Venus algo delgada y de cabello oscuro que le llevaba en su auto.

Pensó que «ligar» con ella podía resultar fácil. Su falda ultracorta, en los movimientos de la conducción, quedó en posición sumamente fascinante para cualquier hijo de Adán y ella no se preocupó de regresar la tela a su posición natural.

—¿Quieres ir a algún lugar en particular? ¿Vas a denunciar el accidente a la policía?

—No, lo haré a la casa de seguros y ellos se encargarán de todo. En cuanto a mí... —Pensó en la llave que le habían dejado junto con el sobre y el dinero y se dijo que había sido una suerte guardarlo todo en el bolsillo de su chaqueta—. Iba al aeropuerto transoceánico.

Joan, sin pronunciar palabra, tomó la variante del aeropuerto.

—No me gustaría estropearle ninguna cita.

—Soy una mujer libre.

—Eso habría que comprobarlo.

—En el trescientos doce de Black Glass podrás comprobarlo si lo deseas —le respondió con naturalidad, sin mirarle siquiera.

Poco después, entraban en el *macroparking* del aeropuerto.

—Si no te vas en avión, te espero para llevarte a la ciudad.

—No importa, tomaré un taxi.

—Da lo mismo, esperaré. Hoy estoy algo aburrida, a lo mejor me convidas a tomar algo.

—De acuerdo.

Punch saltó del «Mercury» descapotable y caminó por entre las apretadas hileras de vehículos estacionados. Se introdujo luego en las amplias instalaciones de la terminal donde una gran cantidad de viajeros iban y venían en lo que semejaba un caos y era un completo orden de números y letras.

Los altavoces hablaban y hablaban dando indicaciones que el público tomaba como órdenes tajantes, corriendo en pos de una puerta o un autobús.

Caminó rápido hacia las cajas automáticas. Buscó la que correspondía al número de la llave que le habían entregado y ésta se abrió. Semejaba vacía, mas allí había un sobre que pasó a sus manos.

Cerró la puerta y miró alrededor. Pensó que podía ser observado a distancia, mas no vio nada sospechoso. Rasgó el sobre. En él había unas fotografías y un papel en el que se podía leer claramente: «*DOSSIER* HYMAN O111».

Para Bert Punch, el nombre del *dossier* que según Hammon tenía que robar, decía muy poco, por ello centró su atención en las tres fotos, dos de hombres y una de mujer. Fue la de la mujer la que le hizo exclamar:

—¡Joan!

No podía dar crédito a lo que estaba viendo. Aquella mujer era la misma que le recogiera en la carretera. ¿Estaría todo preparado, desde el ataque de que había sido objeto a la recogida de la chica o quizá es que Joan era la encargada de comprobar si su amigo había tenido suerte al lanzar la bomba de mano?

Sin perder más tiempo en mirar los otros retratos, corrió hacia el

parking en busca de Joan.

Avanzó por entremedio de los automóviles, pero cuando llegó al lugar donde se había estacionado el «Mercury» descapotable, éste había desaparecido.

Buscó con la mirada hacia la salida del aparcamiento, pero ya no había ni rastro de Joan.

—¿Se ha estado burlando de mí? —se preguntó.

Recordó entonces una dirección, 302 Black Glass. No la había perdido del todo.

Prestó atención a las otras dos fotografías. Uno de los hombres era joven, de unos treinta años, aparentemente fuerte y de mirada cínica.

El otro era de edad indefinida, cabello corto y cortado al cepillo. Cualquiera lo hubiera catalogado como un alto militar americano en la Segunda Guerra Mundial.

Se percató de que tras cada foto había un nombre. El joven parecía llamarse Frank Kopiev, de ascendencia rusa o por lo menos eslava.

El nombre del sujeto con aires de militar imperialista era Noah Campbell y, por último, la chica resultó llamarse Maggie Willson en lugar de Joan.

—Bueno, ya tengo unos datos y sé que esta gente existe. ¿Será ese Frank Kopiev el tipo de la moto? —Dudó—. Es muy difícil averiguarlo, cubierto con el casco y las gafas de motorista. Me parece que será un caso interesante si es que llego al meollo del asunto con vida.

Se dirigió al estacionamiento de taxis y tomó uno de ellos.

—¿Adónde le llevo?

Bert Punch pensó que debería de conseguir algo más de información respecto a los tres personajes de las fotografías, por ello dijo:

—Lléveme al Meridian Shopping Center.

—O. K.

Mascando su chicle, el taxista aceleró el coche abandonando el aeropuerto transoceánico sobre el que varios reactores pedían insistentemente pista de aterrizaje.

CAPÍTULO III

En la trastienda de la casa de fotografías ubicada en aquella galería de comercios llamada Meridian Shopping Center, Bert Punch observaba cómo Pietro, un antiguo conocido suyo, muy introducido en los asuntos periodísticos y policiales a través del mundillo de la fotografía, sacaba dos fotocopias instantáneas de las fotos que portaba Punch.

—No son perfectas, pero creo que serán suficientes.

Punch tomó las copias de manos del italonorteamericano y las observó con atención. La máquina no sacaba fotografías instantáneas de calidad, pero servían.

—Lláname cuando tengas los resultados.

—Este trabajo te va a costar doscientos pavos por cabeza.

—Cada vez subes más los precios.

—El comercio, ya se sabe. El dólar baja y baja y el trabajo se encarece.

—No chalanee más, Pietro.

Sacó un fajo de billetes, contó varios y los entregó a su interlocutor.

—Seiscientos dólares y cien, por la rapidez.

—Da mucho gusto trabajar contigo, Punch —se apresuró a decir Pietro tomando el dinero—. En cuanto me den los resultados, yo te llamo, aunque no puedo garantizártelos.

—Lo sé, no soy un neófito en estos asuntos.

Abandonó el comercio, saliendo a la calle. Comenzaba a oscurecer. Puso un cigarrillo entre sus labios y, pensativo, se dijo:

—Tienes que comprarte otro coche, Bert.

Pensó en dejar aquel asunto para el día siguiente y, mientras, utilizaría taxis. Por ello, tomó uno que le llevó hasta su apartamento camino de Malibú.

Al entrar en su piso, todo parecía normal, pero notó un suave aroma a jazmín. Suspica, miró por todas partes. No había nadie y, aparentemente, nada había sido cambiado de sitio.

Dedicó su atención al cuarto de trabajo. Todo estaba en orden, a excepción de unas carpetas. Recurrió a su memoria fotográfica y se

dijo que él no las había dejado con aquella inclinación.

Las retiró con cuidado, pues podía producirse cualquier sorpresa. Dentro, de forma que los papeles no estorbaran, descubrió un artilugio electrónico. Sonrió. No era la primera vez que tenía en sus manos un aparato espía como aquél, algo más grande que una nuez, pero capaz de recibir y transmitir a media milla de distancia todo lo que se hablara en aquel despacho, incluyendo las llamadas telefónicas.

«De modo que están interesados en vigilarme», se dijo in mente para que sus palabras no fueran captadas por quien pudiera estar pegado al receptor.

Tomó su radio transistor y se fue al cuarto de aseo. Allí, buscó una emisora que radiara en idioma extranjero. El aparato portátil era muy potente y no le fue difícil localizar una emisora japonesa. Sujetó el espía electrónico al transistor, para que los que escuchaban se fueran entreteniendo.

Dejando que aquel diálogo entre japoneses fluyera sin obstáculos dentro de su cuarto de baño, regresó al despacho cerrando la puerta.

Allí, sacó su magnetófono a *cassette* y preparó una cinta virgen. Dispuso un micrófono de alta fidelidad frente a su reloj de pulsera y dejó que la conversación mantenida con Hammon dentro de la piscina del Sun and *Water* Club fuera grabándose en el *cassette*.

Una vez hubo terminado, quitó el *cassette* del aparato. Rompió el cabo de la cinta para que no pudiera borrarse y tomando un sobre, escribió una dirección y una breve nota.

Metió el *cassette* y la nota dentro del sobre; le puso sellos y abandonó el apartamento dejando que el diálogo en japonés siguiera entreteniendo a quienes le espiaban.

En la calle había varios automóviles aparcados. Era ya de noche y todos parecían sospechosos, pero, en concreto, tampoco lo parecía ninguno, aunque resultara una paradoja.

En cualquiera de los coches podía haber alguien agazapado, grabando el diálogo en japonés, pensando que quizá fuera algo importante cuando lo descifrarán.

Se aseguró de no ser seguido e introdujo el sobre con el *cassette* en un buzón de correos situado a la entrada de un supermercado.

Entró en un *snack* y pidió un plato combinado, aquélla iba a ser su

cena. Luego, se acercó al teléfono público y marcó un número que contadísimas personas conocían/

—¿Diga?

—¿Papá Douglas?

—¿Con quién hablo?

—Bert Punch,

W. H. M.

—Correcto.

—Quiero preguntar.

—Adelante —invitó la voz un tanto cavernosa que le respondía al otro lado del hilo.

—¿Le dice algo el *dossier* Hyman O111?

—Sí.

—¿Puede pagar Hammon para que yo me apodere de él?

—Sí.

—Para mi tranquilidad de conciencia necesito algunos datos más que Hammon no me dio.

—Entiendo.

—¿Es importante el *dossier*?

—Un hombre ha muerto, pertenecía al Pentágono. Su coche estalló y se incendió según indica el parte de tráfico. Había algunos restos de documentación chamuscados.

—¿Le robaron a él?

—No. El trabajaba para el Pentágono y se supone que era intermediario.

—¿Y fue eliminado?

—Eso parece.

—Pero, si los documentos fueron quemados...

—Los restos han sido analizados y son falsos. Fueron dejados allí para que se creyera que el *dossier* se había quemado. El tipo de celulosa no es el mismo que correspondía a la documentación del *dossier*, todo está controlado.

—Comprendido. Se llevaron el *dossier* y eliminaron al intermediario.

—Exacto.

—¿Y por qué no interviene la MP o el FBI?

—Es un *dossier* secreto. Si es encontrado y descubierto, el Pentágono declarará que no le pertenece, que jamás le ha

pertenecido.

Bert Punch lanzó un ligero silbido de admiración que se escuchó claramente a través del hilo telefónico.

—Debe de ser algo muy importante ese *dossier*.

—Tan importante como para que no te interese lo que dice en él.

—Comprendido, pero quienes lo tienen en su poder ya lo sabrán.

—No es tan fácil.

—¿Clave secreta?

—Exactamente. ¿Alguna pregunta más?

—Hammon me dijo que tenía libertad total. ¿Es cierto?

—Sí, claro que siempre bajo tu exclusiva responsabilidad.

—Otra pregunta, ¿por qué Los Angeles, si el asunto ocurrió en Washington?

—La Trading House Campbell está en Los Angeles y su presidente, también.

—¿Campbell?

—Sí. Se supone que él tiene el *dossier* en su poder, pero no se le puede atacar de frente. No interesa que este asunto salga a la luz pública. Suerte.

Bert Punch se quedó con el teléfono en la mano, ya que papá Douglas acababa de ahorquillar su auricular a miles de millas de distancia.

Abandonó el *snack* y tomó un taxi que le condujo hasta el Black Glass.

El edificio de apartamentos era muy lujoso. Sólo tenía catorce plantas y unos cuidados jardines lo rodeaban.

En su parte posterior, cerradas a los extraños, tenía unas instalaciones deportivas que incluían pistas de tenis y piscina para quienes allí residían.

Era obvio que Joan o Maggie Willson, como ponía la fotografía, tenía dinero y le agradaba vivir bien.

La puerta de cristal extraduro estaba cerrada, impidiendo el paso a los extraños.

El conserje debía ya de haber terminado su jornada laboral y a partir de aquel momento, quien quisiera entrar en el edificio debía de emplear su propia llave o llamar a través del portero electrónico que incluía una cámara de televisión. Ésta enviaba imagen al apartamento cuyo timbre se pulsaba para que su propietario supiera

quién era el que deseaba visitarle.

Como quería dar una sorpresa a Joan, alias Maggie Willson o viceversa, prefirió no llamar. Miró la lente inquisitiva de la cámara de televisión y sacando una ganzúa, abrió la cerradura que mantenía cerrada la puerta de cristal, capaz de recibir buenos golpes sin acusarlos.

Hábil con la ganzúa, entró con rapidez en el edificio, que si bien era lujoso por fuera, no lo era menos por dentro. Como debía de subir al piso tercero, lo hizo a pie para no llamar la atención.

La escalera estaba iluminada mediante focos situados a nivel de zócalo que resultaban muy discretos y evitaban incluso la obligación de saludarse entre los propios vecinos, ya que las caras apenas podían reconocerse con aquella luz.

Los números de los apartamentos, encerrados en bloques plásticos macizos, con un espesor de por lo menos una pulgada, eran muy visibles de día y también de noche porque eran fosforescentes. No le fue difícil hallar la puerta doce en el piso tercero.

No deseando que de entrada le acusaran de allanamiento de morada, pulsó el botón de llamada y sonaron unas campanillas electrónicas.

Dentro no se oía nada. Llamó con los nudillos sobre la hoja de madera, para que si se acercaban pudieran darse cuenta de que estaba allí, en el piso, y no en la calle, aguardando a que abrieran la puerta del edificio.

Repitió las llamadas sin suerte, por lo que tomó una resolución.

—Si no ha llegado aún, le daré una sorpresa esperándola dentro de su apartamento.

En su juego de ganzúas, escogió la apropiada y la introdujo en la cerradura, moviéndola con delicadeza.

Abrió la puerta sigilosamente. No había luz.

Un suave aroma a jazmines fue lo primero que llegó a su olfato, pero inmediatamente captó un olor más fuerte, a sudor de hombre, quizá de alguien al que no le gustaba bañarse en exceso.

Escuchó el rumor de una respiración. No estaba solo, y quienquiera que se encontrara allí, agazapado en la oscuridad, le estaba viendo. El, en consecuencia, debía de reaccionar, mas ya era tarde. Hallándose a contraluz, era el blanco perfecto para ser atacado, mientras que sus ojos no veían absolutamente nada.

CAPÍTULO IV

Algo metálico y contundente, que podía ser la culata de una pistola, le pasó rozando el cráneo. Bert Punch se había hecho a un lado a tiempo y lanzado una patada que alguien tuvo que encajar, porque escuchó un gruñido.

El tipo que le había atacado no estaba solo, porque otro le agarró por la espalda con una presa de garganta.

—Dale fuerte —gruñó aquel sujeto.

Bert forcejeó con el que le sujetaba, pero varios puñetazos demoledores se hundieron en la boca de su estómago e hígado. Logró lanzar por encima de su cuerpo al individuo que le inmovilizaba, sin embargo recibió otro golpe con la maldita culata que dio con sus huesos en tierra.

—¡Vamos!

Los dos hombres corrieron hacia la escalera. Ante aquel ataque por sorpresa, Bert Punch se levantó ligeramente tambaleante, mas no persiguió a los agresores que huyeron.

El estaba desarmado, aunque se había dado cuenta de que aquellos dos quizá ignoraban quién era, pues todo se había desarrollado en la oscuridad, oscuridad a la que los agresores estaban más acostumbrados por hallarse dentro del apartamento.

Tenía una posibilidad de saber quiénes eran.

Encendió la luz y cerró la puerta de un golpe al tiempo que corría en busca de una ventana. A través de ella, contempló la calle.

Tuvo tiempo de ver a dos tipos caminando aprisa en dirección a un «Lincoln» azul oscuro.

La mente fisonomista de Bert Punch se puso a trabajar y le pareció que a uno de los dos lo había visto antes. No estaba seguro, la escasez de luz y el golpe recibido en la cabeza le confundían, pero podía ser muy bien el tipo de la fotografía, el tal Frank Kopiev.

Escuchó unos gemidos que desviaron su atención de la ventana. En el *living* del apartamento no había nadie, pero allí había una puerta abierta, era la que debía de dar a una habitación.

—¿Será Joan? —se preguntó.

Pensó en los dos tipos que no parecían haber ido de visita precisamente y se apresuró a llegar a la alcoba. Encendió la luz y se llevó una sorpresa.

Allí había una mujer terriblemente hermosa, tumbada en la cama y vestida únicamente con los coquetones y minúsculos sujetadores y *panties*.

Aquella hija de venus, de piel sedosa y tostada, no era Joan sino la chica rubia de la piscina, la que había usado gafas con montura de mariposa.

La muchacha gemía ligeramente, moviéndose a izquierda y derecha. Tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta.

Bert miró hacia la mesita de noche. Allí había una botella de *whisky*, un vaso vacío y un frasco también vacío. Frunció el ceño.

Acercó su nariz a la joven. Era obvio que había bebido *whisky*, o la habían obligado a tomarlo. Después, miró la etiqueta del frasco.

Era un poderoso somnífero y dentro del vaso quedaban restos del producto disuelto en agua.

No dudó un instante. Tomó por la cintura a la chica, cargándosela sobre su cadera, y la llevó al cuarto de aseo. Allí, sin contemplaciones, le puso los dedos dentro de la boca en la forma más brutal y angustiosa que pudo.

La rubia se convulsionó arriba y abajo y pataleó en el aire, ya que la había puesto boca abajo de cara a la bañera, sosteniéndole el cuerpo con su pierna mientras apoyaba el pie en el borde de la bañera.

La chica vomitó sacando gran parte de líquido, un líquido difícil de identificar, pues allí habría *whisky*, somnífero y ácidos estomacales.

—Vamos, nena, hay que sacar hasta la primera papilla que te dio tu madre.

Volvió a meterle los dedos en la boca y esta vez, lanzó un gruñido, pues ella le mordió. Insistió y, al fin, la apartó. Bert comprendió que la chica no tenía nada más que sacar y estaba empapada en un sudor frío. Su piel, pese a estar tostada, se había tomado pálida.

—Vamos, haz un esfuerzo, despierta, ponte en pie.

La chica no se sostenía sobre sus dos maravillosas piernas. Bert Punch la abofeteó y la rubia cabeza fue de un lado a otro, pero sólo entreabría los párpados y volvía a cerrarlos mientras gemía.

Sosteniéndola en parte, la obligó a caminar, mas todo aquello no

surtía el efecto apetecido.

La chica había tomado una fuerte dosis de somnífero después de ingerir *whisky* y corría peligro de muerte, por ello no dudó en dejarla sentada.

Pulsó las teclas del aparato telefónico y no tardó en escuchar una voz conocida al otro lado del hilo.

—¿Diga?

—«Doc», soy Punch.

—Ah, hola. ¿Dónde tienes el balazo esta vez? —le preguntó con sorna.

—No se trata de balazo. A una amiga mía le han hecho tomar un exceso de somnífero y necesito que venga de inmediato; hay que evitar que muera.

—Diablos. ¿Has avisado a la policía?

—No.

—¿Es que quieres que me retiren la licencia?

—Vamos, «doc», no me venga ahora con minucias. La chica se muere pese a que le he hecho vomitar cuanto he podido.

—¿Cuánto rato hace que se ha tomado el somnífero?

—Creo que poco, diez minutos a lo sumo.

—De acuerdo. Dame la dirección, voy de inmediato.

Tías darle rápidamente las señas, Bert Punch ahorquilló el auricular y regresó al cuarto de baño.

La chica cuyo nombre ignoraba, estaba sentada en el suelo, con el cuerpo apoyado contra la bañera. Bert la levantó y zarandeó. Ella abrió los ojos para mirarle.

—Eres gu... gu... guapo...

—Vamos, encanto, no estoy ahora para piropos. Hay que andar.

—¿An... dar?

Le pasó uno de los brazos por el cuerpo para obligarla a andar. La chica se resistía, sólo pedía la cama para dormirse, pero Bert fue implacable.

Al fin, sonó la llamada. Bert se acercó a la puerta soltando a la joven en el sofá del *living*. Junto a la puerta estaba la pantalla de televisión miniatura, pulsó el botón y apareció el rostro del doctor Sheridan.

—Abre, condenado —le gruñó.

Bert pulsó el botón y la puerta se abrió automáticamente en la

portería. Poco después, el ascensor llevaba al médico hasta el tercer piso.

—Diablos, menuda chica. Siempre las buscas que quitan el hipo.

—Dos tipos le han hecho tragar esto.

Le mostró el frasco vacío.

«Doc» Sheridan movió la cabeza, preocupado.

—Este tipo de somnífero es fortísimo. Sólo puede expendirse con receta y cuando lo prescribimos, empleamos el máximo de cuidado.

La chica ya estaba tendida en el sofá. El médico pidió:

—Una manta.

Bert se la proporcionó y luego, el «doc» le inyectó algo en la vena.

—Ahora hay que esperar —dijo— pero lo mejor sería llevarla a un hospital. Estos casos pueden traer complicaciones, hay personas que ya no se recuperan.

—Ella es joven y fuerte, «doc».

—Pero el somnífero es muy poderoso. Han habido demasiados suicidios con él.

—No creo que ella quisiera suicidarse.

—¿Estás seguro de ello?

—Los tipos que se lo hicieron tomar me dieron aquí, mire.

—Tienes un buen chichón bajo el cabello —opinó palpándoselo— más o menos lo que mereces, siempre andas metido en líos. Esta profesión tuya de detective privado es demasiado arriesgada.

—Me gustaría atrapar a los dos sujetos que han intentado asesinar a la chica.

—Mira, Bert, si la chica no reacciona en media hora, habrá que llevarla a un hospital.

—«Doc», tengo confianza en que ella reaccionará y creo que lo mejor será sacarla de aquí.

—¿Hay algún motivo especial para ello?

—Pues, que ésta no es su casa, «doc».

—Diablos, sólo me faltaría ser acusado de allanamiento de morada —exclamó irritado.

—¿Tiene su coche abajo, «doc»?

—Sí, claro.

—Pues nos iremos en él hasta mi apartamento.

—¿Y por qué no la llevas en tu auto?

—Porque está convertido en un montón de hierros retorcidos y

quemados al margen de la carretera en el desierto.

—No decía yo —suspiró profundamente, casi con desesperación—. Está bien, vamos. ¿Por qué tendría que ayudarte aquel día que viniste a verme con una bala entre las costillas?

—Vamos, «doc», no gruña, que yo también le he hecho favores. Ayúdeme a ponerle su vestido.

—Sí, sí, claro. Íbamos a llamar la atención sacándola en esa forma por la calle, claro que hoy en día, llamar la atención es ir como voy yo: Con traje y corbata.

En la alcoba, halló un vestido muy corto que parecía imposible que pudiera pertenecer a la rubia, pero que sí resultó ser suyo cuando se lo pusieron sin ninguna colaboración por parte de la chica.

—Mi trabajo es cada día más complicado —se quejó «doc» Sheridan—. Traer niños al mundo es fácil; llevar chicas dormidas a casa de granujas como tú ya resulta más arriesgado, especialmente si por la calle andan los patrulleros buscando a criminales nocturnos.

Encontró su bolso, un bolso en el que, mezclada con cosméticos, había una cartera femenina con documentación.

Mientras el médico le apremiaba, Bert comenzó a leerla para enterarse de una vez quién era aquella rubia que habían tratado de asesinar.

CAPÍTULO V

La chica rubia comenzó a recobrar el sentido de una forma más o menos clara, hallándose ya en el apartamento de Bert Punch.

Se sentía mareada, con náuseas. Miró alrededor, no reconocía nada. Todo le daba vueltas, pero cada vez más despacio, como si fuera frenando en una alocada carrera.

Al fin, todo quedó quieto. Había una débil luz encendida sobre la mesita de noche. La cama donde se hallaba tendida era amplia.

Le habían quitado el vestido y se dio cuenta de que estaba con sus coquetones minisujetadores, incapaces de contener sus duros y preciosos pechos, y las *panties* azules que realzaban si cabe la belleza con que la madre Naturaleza la había dotado.

Los tiempos del pudor exacerbado casi virulento, habían quedado atrás. La chica no hizo nada por cubrirse. Se sentía mejor así, ahora tenía calor.

Escuchó un rumor contiguo, no sabía qué podía ser. Su cabeza, todavía algodonada, no identificaba aquel ruido. De pronto, recordó a los dos hombres.

Le habían sujetado los brazos con almohadas para no dejar señales en su carne. Luego, había bastado aprisionarle la nariz con índice y pulgar para que abriera la boca y por ella tragara cuanto le pusieran. Después, todo se había hecho turbio, bailando una danza dantesca en medio de terroríficas pesadillas.

¿Estarían cerca aquellos dos tipos?

Se incorporó despacio. Su cuerpo estaba torpe y, paradójicamente, ligero. Se apartó de la cama poniéndose en pie y experimentó una sensación de vértigo, como si en vez de caminar sobre un suelo enmoquetado lo hiciera por la balaustrada en lo más alto de un rascacielos.

Al levantarse, la cabeza había comenzado a dolerle fuertemente. En las sienes y en la nuca sentía como unos martillazos que le producían agudos y profundos pinchazos que le obligaban a cerrar los párpados.

Caminó atraída por el rumor que, de pronto, cesó.

Ante ella había una puerta ligeramente entreabierta y por la que escapaba luz. Sus pies descalzos avanzaron hacia ella y al apoyar su mano sobre la hoja de madera, se abrió. Sus ojos quedaron inundados de luz y cegados al pronto.

—Menos mal, has reaccionado favorablemente.

Al escuchar aquella voz de hombre, grave y bien timbrada, hizo un esfuerzo por abrir sus ojos. Lo descubrió frente a ella, tapándose lo más indispensable con una toalla naranja.

—¡Punch!

—Veo que el sentido de la memoria y la razón los tienes perfectos.

—¿Qué hago en esta casa?

—Recuperarte.

—¿Yo? ¡Me has traído aquí drogada! ¿Verdad, verdad?

Comenzó a gritar y Bert Punch, que tenía la toalla sujeta con un nudo sobre la cadera, cogió a la chica por los brazos y la metió dentro de la bañera.

Ella chilló más y Bert dio toda la presión de agua en la ducha fría. Los finos y múltiples chorros dieron de lleno en la cabeza y cuerpo de la rubia que siguió gritando hasta que cesó de hacerlo e incluso de luchar para escapar al agua fría.

Cuando Bert consideró que había soportado bastante el duchazo frío mientras él la sujetaba por los brazos, cerró el agua, soltándola. Le tiró una toalla y le dijo:

—Ahora te daré una bata, no soy ningún sátiro. Sólo hacía falta calmarte. El «doc» me recomendó que te diera una ducha fría si entrabas en histeria al despertar.

La chica, empapada dentro de la ducha, quedó quieta y muda, sólo miraba a Bert. No sabía si tenía deseos de arrancarle los ojos con sus afiladas uñas o rodearle el cuello y besarlo ferozmente en los labios. Optó por permanecer quieta.

Bert le tiró un batín corto de toalla y luego pasó a la habitación. Cuando ella regresó a la alcoba, él ya vestía unos pantalones blancos, aunque seguía con el torso desnudo, un torso amplio, atlético y tostado por el sol, ligeramente cubierto de un vello rubio.

—Te has reído de mí, ¿verdad?

—En absoluto. Toma asiento, Betty, porque te llamas Betty, ¿verdad?

La chica tomó asiento en una butaca. No llevaba más ropa que el

albornoz, pero no se sentía desnuda.

El hombre la atraía, se daba cuenta de que ejercía sobre ella un poder innato, el poder del varón, y que podría acercársele, besarla y dominarla si le placía.

Más sabía que él no haría tal cosa por el momento. Era un hombre dueño de sí y que no cometería jamás la canallada de aprovecharse de una situación en que la mujer no tendría defensa alguna.

—¿Cómo estabas en el apartamento de Maggie Willson?

—¿Apartamento de Maggie Willson?

—Sí, te encontré allí. Precisamente, aquellos dos tipos se largaban. Me sorprendieron y me golpearon, cayeron sobre mí por sorpresa y no pude retenerles, pero te encontré a ti tendida en la cama.

—¿Qué me había sucedido?

Ante la pregunta vacilante de ella, Bert le explicó:

—Al parecer, primero te hicieron beber *whisky*. Cuando te tuvieron atontada, te hicieron tomar una fuerte dosis de barbitúricos, al parecer una dosis mortal.

—¿Y me he salvado gracias a tu intervención?

—Sí, y a la del «doc», por supuesto, que sabía cómo tratar estos casos. Por lo visto te hice vomitar lo suficiente antes de que te pasara a la sangre. No ha hecho falta trasladarte al hospital; después del vómito y el antídoto que te inyectó el «doc» todo ha quedado en un pesado sueño. Has dormido unas horas y eso es todo.

—Y al final, una ducha —sonrió con sarcasmo.

—Después de despertar, una ducha ayuda a despejarse. Seguro que te sientes mejor de la jaqueca. Si quieres un pitillo o algo, sólo tienes que pedirlo.

—Un cigarrillo sí lo acepto, gracias.

Bert le tendió una caja que había sobre la mesita de noche. Ella escogió uno; él hizo lo propio y luego encendió el mechero, ofreciéndoselo en primer lugar a la rubia de ojos claros, unos ojos que se parecían a los del hombre que la había arrancado de las garras de la muerte.

Tras llenar sus pulmones, hinchando sus senos sin sujetadores bajo la corta bata de toalla para el baño del hombre, ella dijo:

—Había ido a una discoteca con unos amigos. Me dijeron que me llamaban al teléfono que está junto a la puerta. Allí, me pusieron la punta de una pistola en la espalda y me ordenaron caminar hacia

afuera. Luego, me metieron en un coche. Sacaron un pequeño *spray* y me pulverizaron los ojos con él. Recuerdo que comencé a llorar y luego se me puso todo turbio.

—Una treta para que no vieras nada.

—Sí, quedé como si me hubieran atropinado los ojos y además, llorosos.

—¿Habías visto antes a aquellos tipos?

—No, sólo sé que me llevaron a un apartamento. Allí, me hicieron beber y me sujetaron con almohadas. Luego, se puso todo turbio.

El la observó fijamente mientras fumaba.

—Han estado a punto de asesinarte —dijo.

—¿Por qué a mí?

—Lo ignoro, quizá han supuesto que yo acudiría al apartamento de Maggie Willson, sólo que llegué más pronto de lo que esperaban. Hubieran dado aviso a la policía y me habrían encontrado en un apartamento que no me pertenece y con una chica moribunda o muerta entre los brazos. Una situación hartó embarazosa.

—Sí, y que no me gustaría que se repitiese.

—¿Qué sabes de Hammon?

—Soy su secretaria, trabajo para él.

—¿En el Pentágono?

—No, en sus negocios particulares. Le acompaño en los desplazamientos.

Bert se sonrió y ella se apresuró a advertir:

—No es lo que piensas. Entre Hammon y yo no ha habido nada, sólo que le hace falta una secretaria de más o menos buen ver para que le haga ciertos trabajos, como el que hice contigo.

—¿Llevar el sobre con los diez mil dólares al vestidor del Sun and Water Club?

—¿Qué diez mil dólares?

—El sobre que dejaste contenía diez mil dólares, una nota y una llave. ¿Acaso vas a escudarte ahora en la amnesia?

—No, no creo que tenga amnesia y no dejé nada en el vestidor. Sólo te llevé al vestidor y te acompañé luego hasta la piscina para indicarte dónde estaba Hammon. Después, busqué una hamaca bajo los frondosos árboles y os estuve mirando. También me hizo gracia a mí ver cómo le deshinchabas el colchón neumático y tenía que ser sacado con el salvavidas. Fue una payasada pero, por supuesto, no

iba a decírselo; Hammon se hubiera molestado mucho.

—Todo esto es muy extraño. ¿No te ha hablado Hammon acerca de este asunto?

—No sé de qué asunto me hablas. Sólo me ha dicho que quería contratar a un detective particular para algo muy privado.

—Eso es cierto —admitió Bert mirándola intensamente.

Trataba de averiguar si le estaba mintiendo o decía la verdad. Unos ojos como aquéllos, semejaban incapaces de mentir. Por otra parte, él mismo la había rescatado de las garras de la muerte y debía de creerla.

—No me crees, ¿verdad?

—Los tipos como yo somos suspicaces por naturaleza. Gracias a ese defecto acertamos en muchas ocasiones. Bien, entonces será mejor que tengamos una conversación con Hammon, ya que las cosas se han puesto difíciles. Al parecer, yo estoy al descubierto, puesto que ya me han tendido dos trampas.

—¿Dos trampas?

Pensó que era mejor no hablarle de que había sido obsequiado con aquella bomba de mano que había convertido su coche en chatarra, ello la asustaría aún más.

—¿Dónde vive Hammon?

—Ha rentado un *cottage* cerca de Santa Rosalía.

—En ese caso, iremos a verle. Ya se ha hecho de día y podremos comprar un coche.

—¿Un coche?

—Sí, al mío se le han roto las manecillas de las puertas. Soy algo meticuloso, ¿sabes?

Descubriendo el ligero vestido veraniego de Betty, se lo lanzó por el aire y ella lo recogió con las manos.

—Yo vivo en los apartamentos Green Sea; creo que podría ir a cambiarme.

—Sola, no, encanto. Si saben que te has salvado, tu vida corre peligro.

—Pero, esta ropa ya está sucia y yo no tengo alma de *hippy*.

—Lo que es una suerte para mí, no me gustan los piojos en las melenas. Te acompañaré, quiero estar seguro de que no desean enviarte al infierno de nuevo.

Ella sonrió por primera vez ampliamente. Había pasado un gran

susto pero ahora, cerca de Bert Punch, que podía haber hecho con ella lo que hubiera querido, se sintió segura. En el fondo se prometió que algún día le pagaría con creces todo aquel respeto que le había demostrado.

CAPÍTULO VI

Se detuvieron frente a la puerta del pequeño apartamento del complejo Green Sea.

—Dame la llave.

Betty le puso la llave en la mano. Ya no era la chica eficiente que conociera en el club para ricos en medio del desierto. El susto y el haber estado al borde de la muerte habían quebrantado su seguridad.

—¿Hammon te tenía sólo para sus negocios en Los Angeles?

—Sí. En realidad, sé que trabaja en el Pentágono por casualidad.

—¿De veras? —preguntó mientras introducía la llave en la cerradura.

—Se le cayó la cartera y descubrí que tenía la tarjeta de identificación. Es coronel de la Army y presta sus servicios en el Pentágono. Creyendo que era algo secreto, me callé y pensé que era interesante trabajar para un hombre importante.

—Hay trabajos interesantes que, a la larga, resultan muy desagradables.

Empujó la puerta con suavidad. Allí todo parecía en orden, pero el lugar era pequeño, demasiado pequeño para resultar confortable.

—El sueldo de secretaria no da para más —suspiró Betty con cara de circunstancias.

—Si estáis en lugares lujosos es a cuenta del billetero del jefe, ¿no?

—Sí, todos los que se doran en el Sun and *Water* Club no son ricos.

—Bueno, este complejo tampoco está mal. También tienes piscina.

—Sí, una piscina donde ahora hay cuatro gatos, pero cuando se acercan las doce del mediodía no cabe un alfiler. Eso es lo que pasa en las piscinas comunitarias para complejos de apartamentos baratos. Se llenan de críos que se le suben a una en la cabeza y manos de papás que te agarran las piernas por debajo del agua con la excusa de que van a coger a sus hijitos del alma.

—¡Al suelo! —dijo de pronto Bert Punch, empujando a Betty hacia el sofá.

Por la ventana que debía de dar a la escalera de incendios acababa

de aparecer parte de un rostro y una pistola con silenciador.

La bala pasó rozando el sofá y el pecho de Bert Punch, que esta vez sí había tomado la precaución de llevar una

«P-3S»

con un moderno y ultracorto silenciador de acero y plástico adaptado a la punta del cañón.

El plomo de Punch hizo retroceder al sicario que aguardaba allí.

—No te muevas de aquí y cierra la puerta —ordenó a Betty mientras saltaba hacia la ventana.

Nada más salir, el tipo que había estado esperándoles le disparó de nuevo, pero volvió a fallar.

Punch no quería matarlo. Lo interesante para él era cazarle vivo y de esta forma averiguaría para quién trabajaba.

Se había disfrazado como un operario de fontanería o componedor de averías de antenas televisivas; cualquiera lo habría tomado por un obrero de mantenimiento.

Bert salió por la ventana en pos del sicario y entre ambos se cruzaron varios disparos que no llamaron la atención, pues los dos usaban silenciador. A ninguno le interesaba que interviniera la policía.

La escalera de incendios se hallaba en la parte exterior del edificio que, junto con otros tres, formaba un cuadrado dentro del cual se encerraba la piscina comunitaria.

Nuevos disparos se cruzaron mutuamente. Bert tiraba para asustar al fugitivo y lo conseguía, porque éste corría escaleras arriba hasta llegar a la azotea.

Bert siguió ascendiendo tras él. Su constitución atlética permitía subir piso tras piso sin fatiga aparente, pero en lo alto ya le estaba aguardando aquel sujeto que vestía de azul.

Usaba cinturón de seguridad para trabajos en edificios y una pequeña cuerda de enganche. Había buscado un buen disfraz para pasar desapercibido.

Aquel individuo quedó quieto, encañonando cuidadosamente a Bert Punch que había quedado al descubierto frente a él. Bert no tenía escapatoria, el blanco era imposible fallarlo.

Disparó a su vez sin deseo de tocarlo pero deseando hacerle cambiar de posición para escapar a la muerte, mas no lo consiguió.

El sicario jaló el gatillo y un patético chasquido hizo que su rostro

se tomara pálido. Volvió a insistir, pero ya no quedaban balas en su cargador y Bert Punch, con una sonrisa de triunfo, trepó rápidamente los peldaños que le faltaban para subir a lo alto mientras aquel hombre corría soltando su arma.

Al llegar arriba, el asesino cruzó la azotea en dirección a otra de las edificaciones, pero su pie tropezó con el cable de la antena de televisión. Debido al impulso que llevaba, saltó al vacío lanzando un alarido.

Con sigilo, Bert se acercó al borde de la azotea.

El falso operario de mantenimiento había ido a estrellar su cráneo contra el borde pétreo de la piscina y luego se había escurrido dentro del agua, tiñéndola de rojo y provocando el consiguiente revuelo entre los que allí estaban mientras multitud de cabezas asomaban por las ventanas.

Bert, comprendiendo que no le interesaba que le vieran, regresó a la escalera de incendios, recogiendo la pistola vacía del tipo que había hallado la muerte en su fuga.

Por la escalera de incendios, sin que nadie le viera, pues toda la atención de los moradores del complejo se centraba en la fachada opuesta de la edificación, llegó al pequeño pero bien aireado apartamento de Betty. Ésta le miraba asustada.

—He..., he visto lo que ha pasado...

—Ya lo ves, Betty, esto no es un juego de niños. Ese tipo nos estaba esperando, tenía la certeza de que caeríamos por aquí. Es como si conocieran cada uno de los pasos que vamos a dar. Me siento peón dentro de un gran tablero de ajedrez que alguien está moviendo.

—Tengo miedo, Bert, tengo miedo. Será mejor avisar a la policía.

—No, no se puede avisar a la policía ahora. Ya se encargarán de retirar el cadáver y de hacer preguntas, les dejaremos ese trabajo. Ahora, será mejor que hablemos con Hammon.

—Yo no sabía que trabajar para Hammon pudiera ocasionar tanto riesgo.

—Hay muchos negocios que mueven dinero en grandes cantidades. Esa clase de negocios siempre son peligrosos.

—Dime, Bert, ¿es un asunto de espionaje?

—No lo sé a ciencia cierta. Hay que hablar con Hammon. ¿Cómo te comunicas con él?

—Tengo su número de teléfono.

—Pues dígalo.

La llamada se hizo por dos veces; nadie respondió al otro lado del hilo.

—No debe estar.

—Pues vamos a ir a su *cottage* antes de que venga la policía y comience a hacernos preguntas embarazosas. Si averiguan que soy detective privado comenzarán a querer saber para quién trabajo y en qué lío ando metido esta vez.

—Pero ¿has sido tú quien ha matado a ese hombre?

El se le acercó y la tomó por los hombros. Notó que estaba ligeramente temblorosa.

—No temas, no soy un asesino. El tipo ha tropezado con el cable de la antena de televisión y se ha precipitado al vacío. No encontrarán un solo rasguño de bala en su cuerpo; a mí me interesaba vivo y no muerto.

Abandonaban el edificio cuando llegó la ululante policía, advertida por los vecinos de lo que había ocurrido. Pronto encontrarían el cadáver flotando en la piscina.

En el «Mercedes Benz» que aquella misma mañana se había comprado Bert Punch, se alejaron con suavidad, sin llamar la atención, del complejo Green Sea.

Por el espejo retrovisor vigiló a los policías que saltaban del coche patrullero. Nadie se había fijado en ellos, la consigna de los

W. H. M.

era no meterse en líos.

Había que arriesgar la vida en forma temeraria, silenciosa, en solitario y sin protección, incluso al margen de la ley, para resolver los más delicados problemas que podían perturbar los sutiles engranajes de la máquina del gobierno americano.

Bert Punch introdujo el flamante automóvil en una de las múltiples autopistas que permitían cruzar Los Angeles a gran velocidad y rodó en dirección a Santa Rosalía.

No fue difícil hallar el *cottage* de Hammon, ubicado frente al océano. Era de construcción moderna, rodeado de un jardín un tanto descuidado y había un auto en la cochera.

—¿Es ése el «carro» de Hammon? —preguntó Bert señalándolo.

—Sí.

—Entonces, hemos de suponer que estará en la casa o, cuando

menos, bañándose en la playa.

Llamaron a la puerta, mas no obtuvieron respuesta.

Betty miró al hombre y dijo:

—No está.

—Primero, miraremos dentro.

Bert sacó de su bolsillo un juego de pequeñas ganzúas. Escogió una de ellas tras observar el modelo de la cerradura de la puerta y la introdujo en ella. Manipuló durante unos minutos y, al fin, la cerradura cedió.

—Listos.

—Parece mentira que puedas abrir las puertas tan fácilmente.

—Es una suerte que todos los ladrones no tengan mi habilidad —repuso irónico.

Empujaron la hoja de madera y penetraron en el cottage.

La casa debía de estar cerrada y el acondicionador de aire no funcionaba, pues allí dentro hacía calor y había poca luz, ya que las persianas se hallaban bajadas.

De pronto, Betty lanzó un grito sobrecogedor.

Bert Punch se detuvo.

De la gruesa viga de madera que sostenía el centro del techo, colgaba un hombre. Tenía las manos atadas con un cordón eléctrico y la soga, pasada por encima de la viga, había sido sujetada a la baranda de la escalera que subía hacia las dos únicas habitaciones del *cottage*.

Pese a la escasa luz, era fácil identificar aquel cuerpo grueso, rechoncho. Betty escondió la cabeza en el tórax masculino.

—Es Hammon.

Bert se lo quedó mirando. No era agradable contemplar aquel rostro desencajado, con los ojos abiertos, pero tampoco era el primer cadáver que veía a causa de una muerte violenta.

—Aparta un momento.

—¿Qué vas a hacer, Bert?

—Tocarlo. Sabré con alguna aproximación el tiempo que hace que ha sido asesinado.

Betty se apartó, rehuía mirar el cadáver que seguía colgado.

Bert tomó una silla y subió a ella para alcanzar con sus manos los antebrazos del cadáver. Al palparlos, opinó:

—Hace rato que ha muerto.

—¿Rato?

—Horas, está completamente rígido. El asesinato ha debido de producirse durante la noche, pero, aguarda.

Bert Punch acababa de descubrir algo que le pareció importante y que Betty no vio. Por ello, permaneció atenta, mirando lo que Bert Punch, con su sagacidad y fino olfato de investigador privado, hacía.

Era algo que iba a sorprender a la joven de tal forma que le crearía la duda de si estaba despierta o continuaba sumida en un mundo de pesadilla, camino de la muerte.

CAPÍTULO VII

Bert Punch acababa de tener una sorpresa. Era difícil que a él, un hombre entrenado profundamente para la investigación, pues había pertenecido al FBI antes de convertirse en detective privado con licencia multiestatal (lo que no dejaba de ser una pantalla, pues realmente era un miembro del secretísimo grupo

W. H. M.)

le pasara desapercibido un detalle de importancia.

No era suficiente la escalera para conseguir lo que deseaba. Siguió con la mirada la cuerda y su vista terminó en la baranda del piso alto.

Desde allí, uno o más hombres (posiblemente dos) habían tirado de la soga hasta izar a su víctima a aquella altura, donde había hallado la muerte, una muerte desagradable.

No era lo mismo ser ahorcado en un patíbulo, donde la caída era brusca y se buscaba la rotura de las vértebras, que ser izado lentamente, aprisionado por el cuello. Allí no había roturas y sí una asfixia lenta, letal y dolorosísima.

—¿Qué estás pensando, Bert?

Miró a Betty que acababa de preguntarle; algo pensativo, respondió:

—Supongo que en alguna parte habrá una escalera de mano.

—¿Piensas descolgarlo?

—No, ese trabajo lo dejaremos para la policía.

—¿Entonces?

—Quiero comprobar algo que estoy sospechando.

—¿Puedo saber qué es?

—Ya lo verás.

Buscó en la cocina y, tras un armario, halló lo que necesitaba: una escalera de mano con seis peldaños que le parecieron suficientes. Cargó con ella y regresó junto al cadáver, advirtiéndolo a Betty:

—No toques nada. Tus huellas quedarían impresas aquí y la policía te haría más preguntas de las que deseas, aunque es obvio, que una chica como tú no puede izar con una soga a un hombre como Hammon, que si bien no era muy alto, sí era rechoncho y pesado.

—Bert, quiero irme, tengo miedo.

—Quizá sería mejor para ti desaparecer, ir a Tampa o sumergirte en la abigarrada colmena que es Nueva York, pero estás aquí y hay que seguir adelante.

Colocada la escalera junto al cadáver, subió por ella hasta el último peldaño. Aunque su rostro no quedó a la misma altura que él del cadáver, sí llegaba suficientemente con su mano que acercó a la oreja del muerto. Hundió las uñas en la carne y Betty, horrorizada, inquirió:

—¿Qué haces, quieres arañarle? ¡Qué horror!

Pegó un violento tirón y en su mano quedó una máscara de látex muy perfecta y bien adosada al rostro de aquel desconocido.

—Ya lo ves, Betty, éste no es Hammon.

—Dios mío, ¿cómo es posible?

Bert Punch observó atentamente la cara del muerto que ahora se balanceaba levemente a causa del movimiento imprimido por Bert al arrancarle la careta que ocultaba su verdadero rostro.

—¿Quién puede ser este desgraciado?

—Lo ignoro, pero quienquiera que sea, no ha tenido mucha suerte, eso salta a la vista.

Con sumo cuidado, tanteó en los bolsillos de la chaqueta del cadáver. Halló mía cartera con documentación y algunos dólares.

—No hay ningún carnet, pero sí tarjetas de visita a nombre de Hammon.

Volvió a guardar la cartera en el bolsillo del muerto tratando de no dejar huellas y descendió de la escalera, guardándose la máscara en el bolsillo. Después, regresó la escalera de mano a la cocina de donde la había sacado y con un pañuelo borró las posibles huellas dejadas.

—Bert, no entiendo nada de esto, sólo sé que es horroroso.

—Cuando hay ciertos intereses de por medio, la vida de un hombre no vale nada.

—Pero ¿qué es lo que importa tanto que convierte a los hombres en asesinos?

—En este caso, es un *dossier*, un *dossier* secreto. Dentro de él debe de haber fórmulas que pueden ser importantes para alguien y que el gobierno quiere mantener secretas. Hammon me encargó robar ese *dossier*, creí que tú lo sabías.

—Yo no sabía nada.

—Pues tengo que robarlo.

—¿A quién?

—A quien lo tenga.

—¿Y quién lo tiene?

—De momento, sólo sospecho que lo tiene un tipo llamado Campbell, pero no es seguro.

—Pero ¿qué contienen esas fórmulas, acaso algún secreto nuclear?

—No lo sé y, posiblemente, no lo sepa jamás. Sólo tengo que encontrar ese *dossier* y llevármelo al precio que sea, para eso me pagan.

—¿Eres un sicario?

Se sonrió.

—¿Tú me crees mi asesino a sueldo?

—No, no, claro que no.

—Pues anda, bésame.

—¿Con él ahí colgado? —preguntó dubitativa.

—No lo mires. En mi profesión se acostumbra uno a todo, es algo parejo a lo que hace un sepulturero cuando se pone a tomar una hamburguesa sentado sobre una tumba después de haber cubierto de tierra un cadáver destrozado, posiblemente en un accidente automovilístico.

—Bert, me sobrecoges.

—Todavía eres una cándida paloma que comienza a volar. En cambio allí, junto a la piscina de Sun and *Water Club*, parecías una mariposa que había volado mucho.

La estrechó. Notó su piel cálida entre las manos. La rozó con su cuerpo y rozó también sus labios con los suyos antes de besarla. Por unos instantes, Betty cerró los ojos, olvidándose de aquel desconocido que colgaba de una sogas en el centro del *living-room* del *cottage* frente a la playa.

—Bert...

—¿Hum?

—¿Qué habrá sido de Hammon?

—Posiblemente esté secuestrado.

—¿Por quién?

—Las fórmulas secretas que hay en ese *dossier* son muy complicadas. Precisan de un traductor que conozca la clave y,

posiblemente, ese traductor sea Hammon.

—¿Quieres decir que lo han secuestrado para que les sirva de traductor?

—Quizá, pero hay que averiguarlo.

—¿Y si él se niega a traducir las fórmulas?

—Ellos buscarán el medio de que se plegue a sus deseos y, al parecer —dio una significativa ojeada al cadáver que continuaba colgado— no se andan con minucias.

—¿Lo torturarán?

—Quién sabe. De momento, sólo sabemos que han preparado todo esto para que yo me tragara que Hammon había muerto y diera la espantada.

—Pero, la policía averiguará que no es Hammon.

—Ellos confían en que no daré parte a la policía, pero se equivocan.

—¿Avisarás a la policía, entonces?

—Sí, pero anónimamente y lo dejaremos así, sin careta. Es mejor que la policía no nos encuentre aquí.

Ellos investigarán por su cuenta y yo seguiré por la mía, este caso se está haciendo cada vez más fascinante.

—Creo que es hora de que abandonemos este *cottage*. La policía ya tendrá con qué entretenerse. Por cierto, ¿tú trabajas siempre al margen de la policía?

—Me es imposible aclararte esa pregunta, Betty. —La besó nuevamente en los labios y le pidió—: Confía en mí.

Abandonaron el *cottage*. Bert Punch tuvo buen cuidado de no dejar una sola huella y subieron al coche, alejándose sin estridencias.

Tomaron el camino de regreso a Los Angeles y en cuanto Bert divisó una cabina pública, detuvo el auto y pidió a la joven:

—Aguarda, voy a decirle a la policía lo que puede encontrar en el *cottage*.

Betty le vio desahorquillar el auricular y marcar unos números que no estuvieron al alcance de su vista; tampoco oyó la voz que se desfiguraba para que no fuera reconocida.

La policía ya debería de estar enterándose de aquel asesinato cometido en la persona de un hombre que tenía un aspecto físico similar a Hammon para engañar a Bert Punch, lo cual no habían conseguido.

CAPÍTULO VIII

—¿No sería mejor que me marchara a mi apartamento?

—¿Quieres que te asesinen?

—¿Insinúas que a mí también podrían matarme?

Con un par de largos pasos, Bert Punch se puso delante de Betty. Ella no retrocedió y las puntas de sus senos rozaron al hombre.

—Aquel tipo estaba allí por algo. Quizá me esperara a mí pero ahora tú ya sabes demasiado.

—¿Demasiado?

—Entre otras cosas, sabes que el hombre que han colgado no es Hammon.

—¿Quieres infundirme miedo?

—No, sólo deseo que te quedes en lugar seguro, aunque este apartamento tampoco tiene exceso de seguridad. Ellos ya saben quién soy yo y es fácil averiguar dónde vivo. Posiblemente tenga visita.

—Yo me marchó a otra parte. Si Hammon ha desaparecido, ya no tengo jefe, lo que siento es que me voy a quedar sin que me salden mis últimos honorarios.

—Olvídalo.

—Es muy fácil olvidarlo para ti, que debes de ganar mucho.

—Mira, encanto, siempre trabajo solo, pero quizá por esta vez y sin que sirva de precedente, admita una secretaria.

—No me digas.

—Sí, una secretaria. Te pagaré un sueldo razonable, yo no poseo la caja fuerte de los tipos que frecuentan el Sun and *Water Club* y también voy a tener problemas. Si Hammon ha desaparecido y sólo he cobrado una quinta parte de lo que se me prometió, quiere decir que voy a perder dinero.

—Vamos, que vas a terminar admitiendo que te pague en el *snack* de la esquina.

—Tanto como eso...

Puso las manos sobre las caderas femeninas, bien redondeadas y perfiladas. A Bert Punch no le agradaban aquellos cuerpos de mujer

lisos, sin curvas donde pudieran apoyarse sus palmas.

No tuvo que atraerla hacia sí porque ya estaban materialmente juntos, físicamente juntos. Se inclinó sobre el rostro femenino y jugueteó con los labios gordezuelos, sensuales, cargados de vida.

—Me parece que tú estás buscando una secretaria muy completa, Bert.

—¿Y eso es malo? —inquirió él algo cínico.

—¿Tú crees que yo era la secretaria para todo de Hammon?

—No.

—Entonces, ¿qué te hace pensar que para ti iba a ser distinto el trato?

—Yo no soy tan tonto como Hammon.

Ella se alzó de puntillas y fue la que dio profundidad a la caricia labial mientras, casi sin voz y como podía, entrecortadamente, musitaba:

—Eso es cierto.

Un largo timbrazo de teléfono cortó las alas del juguetón Eros.

Molesto, Bert miró hacia el aparato.

—Un buen detective tiene que responder al teléfono; un gran tanto por ciento de buenas informaciones llegan a través de él.

Resignado, aceptó:

—Empiezas a comportarte como una secretaria desagradablemente ejemplar.

Respondió a la llamada con un gruñido.

—Soy Pietro —le dijo la voz inconfundible del italiano experto en fotografía y en contactos muy especiales. Era un puente entre el mundo del hampa y la policía.

—Bien, Pietro, ¿qué has averiguado?

—Campbell es un tipo importante.

—Eso ya lo sé.

—Bien, bien —se apresuró a decir al notar el tono de mal humor de Bert que, de reojo, observaba como Betty se ponía cómoda en el sofá—. Fue coronel en Corea. Se retiró del ejército y se convirtió en compravendedor de excedentes del ejército. Por lo visto, tenía muy buenos contactos. Luego, su negocio se amplió y formó la Trading House Campbell.

—Imagino que es una financiera importante.

—Sí, tiene un buen número de accionistas y si bien no fabrica nada,

toma contacto con muchas industrias.

Es un águila de altos vuelos. Ve donde hay negocios y allí clava sus zarpas. Ha hundido a media docena de pequeños industriales jugando con sus acciones y, por supuesto, saliendo beneficiado.

—¿Ha estado en la cárcel?

—¿Campbell? —Se rió—. Oh, no. Ha estado varias veces en la Corte, pero es un tipo muy seguro y dueño de sí mismo, siempre ha ganado los pleitos. Sus abogados son los mejores del Estado, muchos han querido hundirle pero ha sido inútil.

—Bien, bien, ya tenemos la personalidad del ex coronel Campbell. ¿Y los demás?

—Frank Kopiev es de origen armenio. En principio, se sospechó que podía ser espía soviético, pero los federales del contraespionaje acabaron dejándolo tranquilo. Es un tipo con múltiples contactos internacionales, muy astuto. Aunque tiene la nacionalidad americana, es un apátrida y le vendería un fusil a su madre si ésta tuviera que pegarle un tiro a su padre. Ya sabes, de esos tipos que comercian lo que sea al precio que sea y Campbell lo ha incluido en su nómina. Es su mano derecha para sus complicados asuntos.

—¿Y si es tan astuto, por qué no trabaja por su cuenta?

—Porque tiene el defecto de gastar mucho. Su debilidad son las faldas.

—¿Estuvo en la cárcel?

—Sí, una vez.

—¿Motivo?

—Una chica lo acusó de malos tratos. Estuvo tres meses en el hospital, pero Kopiev tenía buenos abogados, la pena fue leve y salió pronto de la cárcel.

—Bien, ahora falta la chica.

—Dice llamarse Maggie Willson. Estuvo retenida por los federales de Inmigración, pero, al parecer, todo se arregló con dinero. Es una importante accionista de la Trading House Campbell, su raza es blanca pero se sospecha que su sangre no es tan pura como da a entender.

—No soy segregacionista, Pietro.

—Yo tampoco, pero te digo lo que he obtenido por la «pasta» que tú me has pagado.

—De acuerdo, Pietro, has hecho un buen trabajo. Me has ahorrado

tiempo.

—Yo estoy contento. Cuando me necesites, ya sabes dónde encontrar a tu amigo Pietro.

—Sí, viejo ladrón, ya sé dónde encontrarte. —Y colgó el auricular. Betty, que se hallaba muy cómoda en el sofá, sin apreturas de ropa, preguntó:

—¿Es un soplón de la policía?

—No, un contacto y muy bueno.

—Como le has llamado ladrón...

—De alguna forma tengo que llamarle —respondió sentándose junto a Betty.

Ésta, estirada en el sofá, dejó que el hombre ensortijara sus dedos en sus cabellos rubios.

—¿Y a mí cómo me llamarás?

—Betty está bien.

—¿Secretaria para todo?

—¡Podría ser!

—Si soy tu secretaria, es mi obligación advertirte que debes de acudir a la Trading House Campbell.

Bert sonrió sarcástico.

—¿Tan pronto?

Ella, dejándose acariciar el cabello, el rostro y el cuello, repuso:

—Sí, dentro de un rato va a comenzar la junta general de accionistas de la Trading House Campbell.

Bert quedó perplejo. Detuvo sus manos y parpadeó ostensiblemente.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Le pone este periódico que han dejado a la puerta de tu apartamento y que has recogido cuando hemos entrado! Fíjate, el anuncio está en primera página. Ese Campbell sabe gastarse sus dólares, hace las cosas a lo grande.

—Diablos con la secretaria perfecta.

—Algún día puede que no tengas ninguna urgencia que resolver —dijo picara.

—Hombre, ese día me voy a felicitar.

—Pero, quizá ese día pida mi cese en este empleo de secretaria de un atractivo detective particular.

Bert Punch sonrió con sarcasmo. Se levantó, tomó el periódico y comenzó a leer la noticia que, como había indicado Betty, venía en

primera página.

«JUNTA GENERAL DE ACCIONISTAS EN LA TRADING HOUSE CAMPBELL».

CAPÍTULO IX

El edificio de la Trading House Campbell se ubicaba al este de Los Angeles.

Al no hallarse oprimido por las demás macroedificaciones, quedaba realzada su esbeltez cilíndrica de treinta pisos. No era excesivamente alto, pero al hallarse rodeado de espacios verdes, destacaba sobremanera.

El cilindro que constituía la edificación Campbell sólo ofrecía a las miradas del exterior cristal de color que semejaba negro, destellando a los reflejos del sol, y el acero inoxidable.

No se ofrecía a la vista nada de hormigón o ladrillo, nada que estuviera pintado o que la meteorología pudiera atacar con facilidad, sólo cristal y acero inoxidable a lo largo de sus treinta pisos, exactamente iguales, y en la azotea helipuerto.

Bert Punch introdujo su coche en el amplísimo *parking* subterráneo situado bajo los cuidados jardines que rodeaban el gran cilindro de cristal y acero que destacaba casi como si de una extraña y brillante nave espacial se tratara.

Al *parking* arribaron una buena cantidad de automóviles. Los accionistas acudían para conocer la realidad de sus acciones.

Bert Punch salió de su auto y se dirigió a los ascensores a los cuales acudían mujeres y hombres, tropezando con uno de ellos.

Luego, cambió de ascensor y ya notó en su bolsillo el pase de accionista que le permitiría entrar en la reunión, claro que el hombre con el que se había tropezado comenzaría a maldecirse pensando que lo había olvidado en su casa.

Con el pase que no le correspondía y que lo identificaba como accionista de la Trading House Campbell, se introdujo en la amplia sala de reuniones con una capacidad para quinientas personas.

A cierta distancia descubrió una cara conocida y se le acercó.

—Hola, Joan.

Tras el saludo, la joven morena de hermosos ojos verdes se volvió, sin poder disimular su asombro al reconocerle.

—¡Bert!

—Parece que hayas visto a un fantasma.

—Pues, la verdad, ha sido una sorpresa encontrarte aquí —se apresuró a decir forzando una sonrisa.

Bert Punch se rascó la larga y poblada patilla.

—He venido a ver cómo están mis acciones.

—Ignoraba que fueras accionista de ésta financiera.

—Y yo también que lo fueras tú.

—Sí, claro. Debo parecerte tonta, ¿verdad?

—¿Tomamos asiento?

—¿Aquí, en primera fila? —preguntó Joan tratando de disimular su preocupación.

Bert la tomó por el brazo y materialmente la obligó a sentarse, no sólo en primera fila sino frente a la tarima que debía de ocupar el presidente de la compañía, Campbell en persona, quien, por otra parte, poseía un gran tanto por ciento de las acciones y manejaba la compañía como mejor le parecía, sin trabas.

Actos como aquél, le servían más como política que como finanzas. Era una especie de droga para Campbell hablar a la gente y si sus negocios funcionaban como él esperaba, acabaría teniendo el dinero preciso para alzar más altos vuelos políticos. Una campaña política exigía mucho dinero y él no lo ignoraba.

—Ya es casualidad que seamos accionistas de la misma compañía.

—Sí, claro —aceptó Joan que en realidad se llamaba Maggie Willson, lo cual también dudaba el mismísimo FBI.

—¿Y tienes muchas acciones?

—Las suficientes para que me den el dinero preciso para vivir tranquila. Ya te dije que tenía dinero propio y no dependía de nadie, puedo vivir mi vida.

—Sí, sí, claro. Por cierto, hueles agradablemente a jazmines.

—Es mi flor preferida.

—Flor pequeña pero enormemente aromática. Creí que me esperarías en el *parking* del aeropuerto —dijo de sopetón.

—Disculpa, es que me sentí indispuesta súbitamente y tuve que marcharme.

—Claro, claro. Me hubiera gustado pasar por tu apartamento, pero hasta ahora no me ha sido posible.

—Bueno, de eso siempre estás a tiempo si me avisas antes.

—Ya, puede surgir una indisposición súbita, ¿no?

—Eres muy suspicaz, Bert. Mira, ahí llegan los miembros del consejo de administración de la empresa.

—Ese Campbell siempre ha sido un tipo que sabe lo que quiere, incluso en Corea cuando era coronel.

Tras pronunciar aquellas palabras, Bert observó de reojo a Maggie Willson. Ésta palideció pero supo sobreponerse a tiempo.

—¿Conoces a Campbell?

—Lo suficiente. Confío en sus negocios, sé que si él maneja el dinero mis acciones están seguras.

—¿Y cuántas acciones de la compañía tienes?

—Bah, dejemos ahora esas menudencias, Joan. Nuestro presidente parece disponerse a hablar.

Campbell no había entrado solo. Junto a él estaba Frank Kopiev, otros sujetos con cara de altos ejecutivos y que debían de dirigir las finanzas de las múltiples empresas que controlaba Campbell, y tres tipos que no tomaron asiento junto a la presidencia, sino que se quedaron custodiando la puerta por la que aparecieran los ejecutivos de la empresa. De aquellos tipos, dos eran auténticos pesos pesados.

Uno de ellos era asiático, probablemente coreano y comoquiera que sus narices no estaban rotas, Bert Punch supuso que procedían del mundo del judo y del karate, puesto que no cabía ninguna duda de que eran dos guardaespaldas con más de ciento diez kilos cada uno y dos metros de estatura.

El tercero vestía uniforme de vigilante de la empresa, llevaba revólver y usaba gafas oscuras.

Su boca mantenía una fina y cínica sonrisa. Era delgado y de estatura mediana. Bert Punch tuvo la impresión de que aquel sujeto se parecía mucho, quizá demasiado, al falso policía que le obsequiara con una bomba de mano en la carretera del desierto.

Uno de los ejecutivos abrió la asamblea mientras Campbell dejaba que le halagaran públicamente y sin recato alguno.

Campbell se mantenía muy en forma pese a sus sesenta y pico de años. Su cabello era blanco e hirsuto, cortado al cepillo, dando sensación de fuerza, lo mismo que sus hombros amplios y rectos.

No cabía duda de que era el tipo adecuado para llevar un uniforme militar, aunque ahora vistiera de paisano.

Frank Kopiev buscó con la mirada a Maggie Willson y descubrió a

Bert Punch junto a la joven.

Los dos hombres se observaron con fijeza aunque oficialmente no se conocieran.

Ambos comprendieron que eran enemigos, pero que, por el momento, no podían expresarlo en voz alta.

Llegó el turno al presidente de la compañía y dueño material de la misma que, tras unas breves palabras de salutación, pues era dictatorial, dijo:

—Como es normal, la Trading House ha aumentado sus beneficios este año.

—Sólo un tres veinte —aclaró alguien entre los accionistas que abarrotaban la sala.

—Sí, es cierto, éste no ha sido el mejor año, pero el tres veinte no es perder.

El mismo hombre de antes puntualizó:

—Teniendo en cuenta el aumento oficial del costo de la vida, el tres veinte en las acciones es una baja, no una alta.

—La compañía tiene grandes proyectos entre manos.

Esta vez fue el propio Bert Punch quien, audaz, preguntó con voz clara y rotunda:

—¿Qué proyectos, coronel Campbell?

Campbell, en silencio, le observó ceñudo. Luego, corrigió:

—Campbell a secas, estimado accionista. De momento, los proyectos serán secretos.

—¿Por qué? —inquirió de nuevo Bert.

—Pues, por la competencia —carraspeó el astuto Campbell—. En este proyecto se ganarán millones de dólares, claro que habrá que aumentar las inversiones. Lanzaremos una nueva serie de acciones de la Trading House Campbell al mercado, veinte mil exactamente. Se produjo un inusitado revuelo en la sala. La noticia no había gustado y el hombre que protestara con anterioridad, volvió a hacerlo.

—¡Eso desvalorizará las acciones que poseemos!

—Las acciones están actualmente en...

Campbell miró a Kopiev y éste se apresuró a concretar:

—Trescientos cuarenta y siete dólares con treinta y cinco centavos.

—Exacto, y las acciones comenzaron a cincuenta dólares. Convendrán en que han realizado ustedes un saneadísimo negocio,

por tanto no hay motivo de queja. Quien no esté conforme con las acciones Campbell, puede venderlas en el mercado; le serán arrebatadas de las manos y ustedes lo saben. Se cotizan muy bien, jamás hemos perdido.

—Entonces, ¿por qué esas veinte mil acciones más ahora? —preguntó Bert.

—Para llevar adelante una financiación. Habrá que comprar terrenos en polígonos industriales y realizar estudios y planos y todo eso vale dinero. Mas, no teman, esas acciones no interferirán con las que ustedes ya poseen, porque éstas serán acciones Campbell «serie roja» y ya saldrán en dos mil dólares unidad.

—Pero ¿usted cree que obtendrá los oportunos permisos legales, para ese lanzamiento y que luego se venderán las acciones, desconociendo los compradores en qué ya a ser invertido su dinero exactamente?

Cínicamente, seguro de sí, Campbell se rió.

—Accionista, no tengo el gusto de conocerle, pero usted parece poco informado de la solvencia de esta firma. Debe de ser usted nuevo, habiendo comprado acciones de alguien que haya muerto, pues no creo que ningún vivo haya cometido la estupidez de vender las acciones Campbell. Sólo con dar esta comunicación, se creará un embotellamiento de peticiones para la compra de dichas acciones de «serie roja». Todos confían en la Trading House Campbell, claro que hasta que todo esté en regla no se venderán las acciones. Mientras, se tomarán los nombres y luego les serán entregadas las acciones por riguroso turno y muchos serán los que se van a quedar fuera. Les aseguro que a las pocas horas de abrir la venta de acciones no quedará una sola para vender y yo, Campbell, en el plazo de cinco años me comprometo a subir esas acciones de dos mil a cincuenta mil dólares y quienes lo duden, yo mismo les compraré las acciones cuando transcurra ese tiempo si no se ha cumplido mi palabra.

El revuelo fue mucho mayor esta vez. La gente se puso en pie gritando y aplaudiendo.

Bert Punch comprendió que sería inútil tratar de desenmascarar a Campbell en aquellos instantes. La codicia brillaba en los ojos de todos los accionistas que tratarían de vender sus acciones normales para comprar las de «serie roja» aunque ello les ocasionara un

perjuicio momentáneo ante la masiva venta de acciones que, como era lógico, iban a bajar.

En medio del griterío, Joan se había puesto en pie junto a Bert, ya que se había suspendido la asamblea sin entretenerse en dar más explicaciones.

—Realmente, es un hombre que vale, un genio de las finanzas.

—Yo no estaría tan seguro hasta saber de qué se trata ese misterioso negocio.

—Ya ha dicho que la competencia es muy peligrosa —objetó la falsa Joan.

—Si recoge cuarenta millones de dólares, desaparecer será un magnífico negocio.

Con dureza, Maggie Willson preguntó:

—¿Insinúas que Campbell puede ser un ladrón?

El detective particular miró alrededor, observando los ojos cargados de codicia de cuantos les rodeaban.

—A toda esta gente sería muy fácil engañarla en las condiciones en que se halla. De momento, Campbell podrá adquirir todas las acciones que quiera de su propia compañía porque se venderán a la baja para poder comprar esas acciones fantasma de la «serie roja». Ignoro cuál será la triquiñuela en todo este asunto, pero siempre he desconfiado de los malabaristas y más de los malabaristas financieros. Siempre hay truco.

Había aspereza en la voz de Maggie Willson al inquirir:

—¿Te crees más listo que nadie?

—¿Acaso piensas tú que Campbell es más listo que nadie?

En aquel momento se acercaron dos hombres.

Uno era Kopiev y el otro, el asiático de dos metros de estatura y más de ciento diez kilos de peso. Sin embargo, sus ojos eran pequeños, muy pequeños; apenas se veían las pupilas en ellos y su cabello resultaba escaso.

—El señor Campbell desearía tener unas palabras con usted.

—¿Ah, sí? —preguntó Bert irónico.

—Sí, le ha parecido que es usted uno de los accionistas más interesantes de la compañía. Además, tiene ciertos derechos.

—Vaya, me asombra usted con eso de mis derechos.

—Acompáñeme y será el propio señor Campbell quien le explique algunas cosas más de la «serie roja» para que no hayan malos

entendidos.

Joan miraba a Kopiev y éste, a poco que podía, no apartaba sus ojos de ella; se sentía atraído por sus pechos escasamente Ocultos bajo la ropa veraniega.

—De acuerdo, le acompañaré. ¿La señorita también viene con nosotros? Es accionista y creo que con una importante cantidad.

—Si ella lo desea —dijo Kopiev.

Maggie negó:

—No, tengo algunas cosas que hacer, disculpen. Ya me enteraré de todo cuando aparezcan las acciones, de la «serie roja».

—Como usted desee, señorita Willson —respondió Kopiev.

Maggie le miró con dureza a él también; no le había gustado que pronunciara su nombre. Se despidió rápidamente.

Kopiev y Bert observaron sus ondulantes y felinos andares mientras se alejaba. Este último comentó:

—Una chica muy hermosa.

—Sí, de veras lo es.

—Y además, rica.

—Sí, lo es.

—Parece conocerla muy bien, Kopiev.

El armenio se volvió, clavando sus pupilas inquisitivas en Bert.

—Por lo visto, usted también me conoce a mí.

—Yo conozco a todos los que me interesa conocer. —¿Y tengo yo algo especial para usted?

—Eso se lo aclararé en otro momento, Kopiev. Ahora, lléveme ante Campbell.

CAPÍTULO X

Frank Kopiev era un zorro. Podía sonreír, pero siempre estaba receloso y al acecho. El coreano gorillesco les acompañaba en todo momento, como si se hubiera convertido en la sombra de ambos, mas no articuló una sola palabra.

Bert preguntó:

—¿Es mudo?

—No —replicó Kopiev—, pero no es tonto y sabe cuándo debe de abrir la boca.

Subieron en un ascensor privado. Era más pequeño que los ascensores públicos, pero no carecía de música ambiental ni de teléfono y acondicionamiento de aire.

Frank Kopiev pulsó un botón y la cabina, con velocidad superior a la normal, se elevó a lo más alto del edificio cilíndrico de cristal y acero inoxidable, aunque su eje y radios fueran de hormigón armado de la mejor calidad.

Los despachos privados de Campbell se ubicaban en el último piso. Tenía una amplia terraza-jardín con fuentes de colores y, encima, estaba el helipuerto. En él se hallaba un helicóptero de lujo con un radio de acción de mil millas, apto para ocho pasajeros y obteniendo una velocidad de crucero de trescientas cincuenta millas a la hora.

Campbell estaba en la terraza-jardín desde la que se contemplaba una amplia panorámica. Al verles, despidió a sus ejecutivos y al chasqueo de sus dedos acudió el camarero que cuidaba de la barra del pequeño bar particular ubicado en la terraza, bajo bóveda de cristal.

—Adelante, adelante, señor Punch —le dijo el propio Campbell sin levantarse de su butaca de mimbre.

Bert Punch estaba al descubierto. Lo habían identificado ya, pero aquello no le sorprendió ni asustó en absoluto.

Si habían tratado de asesinarle en la carretera del desierto, era que conocían su identidad ya por aquel entonces.

Tomó asiento frente a Campbell. Kopiev quedó en pie junto a los

dos gorilescos guardaespaldas, quienes se habían situado estratégicamente: El uno, cerca de la entrada del ascensor, pues sólo aquel ascensor pequeño y privado subía a las dependencias de Campbell y la terraza; el otro, frente a la puerta del despacho. Bert supuso que en él habría alguna escalera de emergencia por si el ascensor fallaba, pero aquella escalera no era visible desde allí.

A Bert Punch le hubiera gustado penetrar en el santuario de Campbell, su despacho privado. Imaginaba que allí estaría su caja fuerte y, dentro de ella, el *dossier* que estaba buscando, el *dossier* Hyman 0111.

—¡Parece que no le extraña que le llame por su nombre! —dijo Campbell burlón.

—Supongo que tiene usted sagaces empleados que le informan de todo. Si no fuera así, no obtendría los beneficios que consigue, coronel Campbell.

El tratamiento parecía irritarle y, secamente, objetó:

—Insiste usted en llamarme coronel y no creo que tenga edad para haber estado en la guerra de Corea.

—Oh, no, claro que no. A mí, particularmente, no me gustan las guerras de ninguna clase, pero admito que constituyen florecientes negocios para tipos sagaces como usted.

Campbell sonrió eficiente.

—No puedo negárselo, Punch. La guerra siempre es la miseria y la muerte para muchos y el negocio y la prosperidad para otros. Francamente, prefiero estar entre los beneficiados.

—¿Espera escalar puestos en la política con esas normas morales?

—No pensará que soy tan estúpido como para decir tales cosas en un discurso político, ¿verdad?

—No, claro que no. Yo no creo en los discursos, me gusta más creer en los hechos, lo malo es que siempre he de esperar para que éstos se realicen y la mayoría de las veces me siento defraudado.

—Le creía más cínico, Punch. Me está saliendo un idealista a ultranza.

—¿A qué quiere jugar, Campbell, puesto que no desea que le llame coronel? ¿Al gato y al ratón, siendo usted gato y yo ratón?

—Es usted simpático, Punch, y podría ser un excelente colaborador si lo deseara.

—Lo siento, Campbell; jamás me ha tentado el oficio de basurero.

- Muy sarcástico. ¿Qué espera, que me ponga rojo de rabia y comience a despotricar contra usted?
- No. Es un tipo que no pierde los nervios. Imagino que si en Corea tuvo que enviar a soldados bajo su mando a una muerte cierta, no pestañearía al dar la orden.
- En ocasiones hay que emplear el sacrificio para obtener metas mejores.
- ¿Es ésta una de esas ocasiones?
- El sacrificio pudiera ser desprenderme de una cantidad de dinero con usted.
- Ahorre saliva, Campbell, soy muy terco.
- Podría ofrecerle un buen paquete de acciones.
- ¿Be su ahora ya famosa «serie roja»?
- ¿Por qué no? ¿Cuánto le han dado para que fastidie con sus intromisiones a la Trading House Campbell?
- Yo me contrato para unos servicios, no me vendo. Parece que usted debería darse cuenta de la diferencia entre las dos palabras.
- Sí, sí, claro que me doy cuenta. Le ofrezco cincuenta mil dólares en acciones, unas acciones que, en poco tiempo, pueden convertirle en millonario.
- Tiene usted mucha confianza en sus acciones de la «serie roja».
- Creí que no se me notaba.
- ¿Y está seguro de que podrá poner en marcha el negocio que ahora tan sólo supone?
- Esta vez sí palideció Campbell; Bert Punch había dado en el clavo.
- No supongo, estoy en lo cierto. Sólo me hace falta un poco de tiempo para poner las cosas en claro.
- ¿Las cosas en claro, acaso que Hammon le descifre una clave que usted desconoce?
- ¿Hammon? No sé de qué me habla.
- Vamos, Campbell, ¿dónde está Hammon?
- Kopiev...
- Sí, Campbell.
- ¿Has oído tú hablar de algún accionista que se llame Hammon?
- Kopiev puso cara de circunstancias. Se encogió ligeramente de hombros y al final respondió:
- Pues no, no he oído mencionar nunca a ese tal Hammon.
- ¿Sólo quiere poner su juego a medias sobre la mesa, Campbell?

—No se crea usted tan listo, Punch. El señor Campbell le ofrece un paquete de acciones de la Trading House Campbell para que siga ejerciendo su profesión de detective privado, pero buscándose a otros clientes que no deseen causar molestias a ésta financiera. Ya sabe cómo son los malos rumores. En ocasiones, hacen que hasta unas acciones buenas vayan a la baja en picado.

—No es mi oficio difundir calumnias, y si ustedes me ofrecen sus, supuestamente, opíparas acciones «serie roja», quiere decir que no voy camino de difundir calumnias sino verdades.

—Señor Punch, se está poniendo usted pesado. Creí que sería más inteligente —le objetó Campbell con impaciencia.

Frank Kopiev, sonriendo, añadió:

—Tenga en cuenta que uno de nuestros accionistas se ha quejado de haber perdido su pase para la asamblea y no nos ha sido difícil averiguar que no ha habido tal extravío, sino un robo de pase. Usted, señor Punch, ha utilizado un pase que no le pertenecía para introducirse en la asamblea. Si lo entregamos a la policía, eso le acarrearía problemas, entre ellos (aparte quizá de una pequeña pena de prisión) la retirada de su licencia de investigador privado.

—Que yo sepa, no tengo ningún pase en el bolsillo que no me pertenezca.

—Eso es fácil de arreglar —dijo Campbell.

Frank Kopiev, como captando la orden, sacó una tarjeta y la introdujo en el bolsillo superior de la chaqueta de Bert, con sonrisa altamente cínica.

—Como supongo que ya se habrá desprendido de la tarjeta que ha robado, pues no es usted tonto, ahora ya tiene otra tarjeta que no le pertenece y cuantos estamos aquí podemos jurar a la policía que al entrar en esta terraza ya llevaba el pase en el bolsillo.

—Bonita manera de convertirlo a uno en ladrón...

Hizo ademán de quitarse la tarjeta que le inculpaba, pero el coreano que se había adelantado sigilosamente por su espalda, cosa extraña para su peso, quiso sujetarle por los brazos.

Bert Punch no era fácil de sorprender y el coreano se llevó la sorpresa de salir volando, pese a su corpulencia, por encima de la cabeza de Bert Punch.

El otro gorila juzgó oportuno entrar en acción y corrió hacia Bert antes de que éste pudiera escapar de la silla de mimbre,

empujándolo hacia el cuidadísimo césped de la terraza-jardín.

El sin duda cinturón negro en las especialidades de judo y karate que se le había echado encima, quiso hacerle presa y sujetarle sobre el césped. Allí podría romperle lentamente algunos huesos para que entrara en razón, mas no tuvo suerte.

De un plantillazo doble, Bert se lo sacó de encima citando ya el asiático caía sobre él como un ariete demoledor.

Lo cazó con su velocísimo puño debajo del mentón, deteniéndolo en seco, y sabiendo que no tendría suficiente con una muestra de boxeo, le propinó dos rodillazos consecutivos.

El karateka no se daba por vencido y parecía capaz de resistirlo todo. Golpeó con los cantos de sus manos los flancos de Bert Punch el cual gruñó de dolor, pero en un rápido movimiento, giró en redondo.

El asiático se situó a su espalda y por segunda vez, los ciento diez kilos rompieron la ley de la gravedad volando durante breves instantes para luego terminar siguiendo la ley de Newton, claro que cayó dentro de la fuente de colores.

Mientras Campbell seguía sentado como un César observando la pelea de aquellos gladiadores del siglo veinte, Bert Punch fue apresado por los tobillos por el otro gorila.

Perdió el equilibrio y cayó al suelo.

Aquella mole humana saltó sobre él como un enorme batracio, más carecía de la blandura del animal anfibio, y le hizo una presa asfixiante de abdomen.

Bert Punch sintió que se le terminaba el aire, que todo se tomaba rojo ante él, pero no perdió el conocimiento. Buscó la cabeza de su enemigo y hundió los pulgares con fuerza por debajo de los lóbulos de sus Orejas.

Lo hizo con tal fuerza, apoyando con los dedos restantes en la base de la quijada, que el asiático lanzó un grito de dolor y le soltó.

Bert se hizo a un lado sobre el césped y propinó una patada en la cabeza de aquel tipo que había tenido la intención de terminar definitivamente con sus funciones respiratorias.

El oriental quedó calado hasta los huesos y aturdido, pues se había golpeado la cabeza contra un saliente pétreo de la artística fuente.

Más, alguien colocó el cañón de una pistola en la nuca de Bert Punch.

—Creo que ya nos ha demostrado suficientemente sus habilidades como luchador, señor Punch —le dijo Campbell mientras Frank Kopiev le apuntaba en la cabeza.

Algo jadeante, Punch observó irónico:

—Creo que debería de enviar a sus gorilas más asiduamente al gimnasio. Con un poco menos de peso estarían más ágiles:

—Ha sido una pena que no nos pongamos de acuerdo, señor Punch. Hubiera ganado usted mucho, hasta habría terminado convertido en millonario, pero ya no tiene remedio. Mi colaborador Kopiev le acompañará hasta el ascensor, claro que es obvio advertirle que si aparece de nuevo dentro de los límites de las propiedades de la Trading House Campbell, tendrá serios disgustos. No será simplemente una demostración de fuerza, seremos más expeditivos.

—Ya ve, Campbell, pese a las muestras que me ha dado de sus formas expeditivas de tratar a cuantos le molestan, sigo aquí y hasta sería curioso que terminara comprando acciones de esta compañía aunque, lo dudo. Esto es un pozo de basura pese a la cobertura deslumbrante.

Empujado por la pistola de Frank Kopiev, llegó hasta el ascensor. Se introdujo en éste y Kopiev, siempre apuntándole con el arma, le dijo:

—No cometa ninguna tontería. Este ascensor no podrá controlarlo desde dentro, yo lo gobernaré desde aquí arriba y no se tome a broma las advertencias.

—Me temo que no va a ser la última vez que nos veamos. Ando buscando a un hombre que se llama Hammon.

Frank Kopiev sonrió mientras la puerta del ascensor se cerraba automáticamente y Bert Punch desaparecía de su vista.

Campbell mantenía el ceño fruncido, preocupado, y en aquel instante, el teléfono que tenía instalado sobre la mesa de la terraza-jardín, sonó estridente. Alguien quería comunicarse rápidamente con él.

CAPÍTULO XI

En el gran *parking* subterráneo, que no destruía en absoluto la belleza de los parterres que circundaban el edificio cilíndrico de la Trading House Campbell, quedaban escasos automóviles, pues los accionistas se habían marchado en su mayor parte.

Posiblemente, algunos de ellos habrían corrido para dar la sensacional noticia a la Prensa.

El flamante automóvil ascendió la rampa con la suavidad proverbial en la marca alemana.

Mientras se alejaba, Bert dio un vistazo al edificio que tenía algo de Cabo Kennedy, de astródromo. Campbell había sabido alejar las casas de su alrededor comprando mucho terreno y su edificio se alzaba esbelto y arrogante.

Se dijo que Campbell podía utilizar aquel edificio tan bien construido para todos sus negocios y asuntos privados, extremadamente privados, puesto que debía de tener unos sótanos muy profundos, con cuatro o cinco plantas por lo menos, que no eran ocupadas por *parking*; puesto que éste se hallaba bajo los jardines.

Aquellas plantas subterráneas podía utilizarlas para servicios del propio edificio, y alguna planta libre quizá estuviera reservada para situaciones especiales.

Campbell tenía cara de ser de los americanos que habían previsto hasta el ataque nuclear en una posible tercera guerra mundial y la planta más profunda del edificio podía estar adaptada como refugio atómico.

Pensó que también cabía la posibilidad de que Campbell tuviera otra propiedad sin estar a su nombre, en cualquier otra parte, utilizándola para sus asuntos poco limpios, pero él ignoraba este detalle y cada minuto comenzaba ya a ser precioso.

Hammon estaba en poder de Campbell, no cabía duda alguna, y le estarían convenciendo para que tradujese las fórmulas del *dossier* robado que él, a su vez, tendría que robar.

Si Campbell lograba traducir aquel *dossier*, llevaría adelante su

especulación. Bert Punch ignoraba en qué consistía, pero si era un secreto del Pentágono, seguro que haría daño al pueblo americano, quizá al mundo entero.

Campbell debía de saber de qué se trataba el asunto, pero le faltaba traducirlo en detalle. Sin embargo, en su mente ya había planeado el desarrollo de aquellas fórmulas e incluso el medio para llevarlas adelante: cuarenta millones de dólares para comenzar, pues estaba convencido de que aquellas acciones de «serie roja» se venderían como «pop-corns».

Se acordó de Maggie Willson y se dijo que si de alguien podía sacar algo interesante, sería de la esbelta morena que admiraba a Campbell y era una buena inversionista en la financiera.

Tendría que jugar duro con ella e incluso ponerla en aprietos, pero era la única forma. Ya habían muerto tres hombres y la mismísima Betty se había salvado providencialmente gracias a su oportuna llegada.

Escogida ya su presa, si se podía emplear este término, Bert Punch condujo su flamante automóvil hacia el edificio Black Glass.

Tras dejar el coche en el *parking* de la calle, se adentró en el elegante edificio. Esta vez, la puerta de cristal a prueba de golpes estaba abierta.

—¿A quién desea visitar? —preguntó el conserje.

—A la señorita Willson.

El conserje tomó el teléfono intercomunicador y preguntó:

—¿De parte de quién?

Durante brevísimos instantes, Bert pensó en las posibilidades que tenía que le dijeran que no podía subir y respondió:

—De parte de Frank.

—¿Frank qué más?

—Frank es suficiente, ella le entenderá.

Bert sacó un cigarrillo y lo puso entre sus labios. Jugaba con la posibilidad de que Maggie Willson le confundiera con Frank Kopiev y le dejara subir de inmediato. Estaba seguro de que se conocían bastante a fondo, máxime teniendo en cuenta las inclinaciones de Kopiev hacia el sexo opuesto.

Por otra parte, había evitado añadir «Kopiev» por si éste frecuentaba el apartamento y el propio portero llegaba a percatarse del fraude.

—Está bien, suba. Es el apartamento...

—Trescientos doce, ya lo sé, gracias —le dijo alejándose con el cigarrillo entre los labios.

Bert Punch pasó al ascensor, pero en aquellos momentos sucedía algo que podría costarle la vida: Una poderosa bomba de plástico, meticulosamente preparada y hábilmente camuflada, se hallaba dentro de su flamante «Mercedes Benz» último modelo.

Conocía ya la puerta del trescientos doce y al llegar a ella comprobó que con sólo empujar, cedía. Evidentemente, la chica le había abierto la puerta contando con que él entraría solo.

Penetró en el apartamento y cerró de un portazo, dando a entender que ya estaba allí.

—Acomódate, Frank, ahora salgo —le dijo la joven morena desde el cuarto de baño, con un rumor de agua como fondo.

Bert Punch se acomodó en una butaca. El apartamento olía fuertemente a jazmines. Era obvio que aquélla era la flor preferida de Maggie Willson.

Al fin, apareció la muchacha.

Movía sus cabellos de mi lado a otro tras haberlos mantenido oprimidos dentro del casquete de plástico que había evitado que se mojaran.

Para atender rápidamente al recién llegado, había cubierto su escultural anatomía con una toalla de baño roja que se veía obligada a mantener sujeta con las manos para que no resbalara, por su sedosa y ahora limpiísima piel, dejando al descubierto su desnudez.

—¡Bert!

A la expresión de sincera sorpresa que apareció en el rostro femenino, Bert Punch replicó con una sonrisa irónica mientras expulsaba una bocanada de humo, lentamente y en dirección vertical ascendente; entre ambos se interpuso una cortina de humo que hizo más enigmático el rostro varonil.

—Siento defraudarte al no ser Frank.

—¿Por qué has mentido?

—Quizá por temor a que me negaras la entrada. Tienes un conserje muy celoso de su trabajo.

La chica aspiró despacio por la nariz. Después, avanzó hasta tomar asiento en el sofá, frente a Bert.

—Bien, tú dirás a qué has venido.

—Viendo lo hermosa que estás, cualquier hombre te aclararía con facilidad cuál es el motivo de la visita.

—Pero tú, no. Tú no vienes a pedirme que eche a un lado la toalla.

—¿Lo harías?

—Depende.

—¿De si fuera Frank o yo?

Maggie se levantó del sofá con sus pies descalzos. Avanzó por el suelo enmoquetado y se acercó al hombre, sentándose sobre sus rodillas. Lo besó en los labios y después, sonriente, esperó.

—¿No tiras de la toalla?

—Ya ves, debo de ser un tonto. Me gustan las cosas difíciles.

Ella hundió sus dedos, largos y hábiles, entre los cabellos de la nuca masculina.

—Vamos, Bert, tú has venido por algo importante, al menos para ti.

—¿Dónde está Hammon?

—¿Hammon? No comprendo. ¿Quién es Hammon?

—¿Pretendes que hagamos el juego del tonto? Yo pregunto y tú respondes incongruencias.

Ella pestañeó. Sus ojos eran demoledoramente atractivos, tenían algo que se apartaba de lo común.

—¿¡De veras piensas que yo sé quién es Hammon!?

—No te hagas la ingenua. Sé que no te llamas Joan.

—¿Ah, no? ¿Cómo me llamo entonces?

—Maggie Willson y, aun, eso es dudoso.

—Vaya con el detective privado... Ni en momentos especiales se olvida de su profesionalismo, debe de ser una deformación laboral.

—Lo que sucede es que no me pongo nervioso porque estés sobre mis piernas. No eres la primera chica que se ha puesto en esta situación.

—¿Engreído también?

Se levantó y ondulando sus caderas, le dio la espalda. Dificultosamente cubierta por la toalla roja, regresó al sofá con un mohín de enfado.

—Sé que trabajas para Campbell, Maggie.

—Si lo sabes todo, ¿por qué vienes a hacer preguntas?

—Porque exactamente todo, no lo sé. Ya ves que no soy tan listo ni tan mentiroso.

—¿Y pretendes que te diga lo que ignoras?

—¿Por qué no? Si te resta algo de conciencia, puedes responderme.

—La conciencia es algo muy particular, Bert. Durante siglos se ha pensado que era y debía de ser igual para todos; actualmente ya no se piensa de la misma forma.

—No he venido a polemizar sobre filosofía. Eso lo podemos dejar para otro día y en el apartado de un restaurante discreto y coquetón.

—¿Es tu sistema para conquistar a las chicas? —preguntó con cierta burla en su sonrisa.

—Mira, Maggie, que tú trabajas para Campbell, es obvio. Y que no pasabas casualmente por la carretera del desierto cuando me recogiste, también es obvio.

—Todo parece obvio para ti.

—Tú no careces de dinero. Este apartamento es muy lujoso y caro de mantener.

—Ya sabes que tengo un paquete de acciones de la Trading House Campbell.

—Acciones que jamás has comprado, sino que te han sido regaladas.

Con un ligero desprecio en los ojos y en el movimiento de los labios, preguntó:

—¿Acaso piensas que soy la amante de Campbell?

—No, eso sería un incesto.

—¿Cómo?

—Tú eres la hija de Campbell.

Maggie quedó tan sorprendida que no acertó a responder en los primeros momentos. Al fin, refugiándose en una posición sarcástica, observó:

—Bebes de creerte el más listo de los hombres.

—No, simple deformación profesional, tú lo has dicho antes.

—Lo que tú aseguras no lo sabe nadie.

—Quizá no sea yo el único que lo sospecha. Puede ser que el FBI, en su departamento de inmigración, también lo sospeche, pero no tienen pruebas para demostrarlo.

—¿Y qué piensas hacer, vocear por ahí que el respetable Campbell tiene una hija natural que no ha reconocido?

—No soy tan burdo. No empleo los métodos sucios en mi trabajo.

—De todas maneras, tampoco podrías demostrar lo que sospechas —advirtió eficiente.

—Ya sé que Campbell te ha preparado una buena documentación e historia.

—Jamás encontrarías a mi madre.

—Puede que haya muerto en Corea o quizá siga allí, en cualquier cuartucho, pensando en su hija que se fue en busca de un mundo más lujoso.

—¿Corea, por qué Corea?

—Porque tú eres hija de una coreana, mitad asiática, mitad caucásica. Ya sabes, en Estados Unidos esas mitades siempre son colocadas en la parte de color.

—¿Quieres decir que podrías convertirme en ciudadana de segunda clase?

—No, para mí todos los ciudadanos somos de la misma categoría. No soy segregacionista, todo lo contrario. Para mí, un negro, un asiático, un piel roja o un anglosajón, somos lo mismo, siempre que con nuestros actos deplorables no demostremos lo contrario.

—Nadie me había dicho hasta ahora que tenga sangre asiática.

—No tienes rasgos orientales en apariencia, pero tus ojos son muy especiales.

—¿No te gustan?

—Más bien los temo.

Ella sonrió, recostándose mejor en el sofá sin importarle que la toalla se subiera un tanto, mostrando más de su suave piel tostada.

—Y después de tus sospechas, suponiendo que estuvieras en lo cierto, ¿crees que iba a decirte cosas para que atacaras a mi supuesto padre?

—Antes hemos hablado de conciencias. Me gustaría saber hasta dónde llega la tuya.

—No creo ser un monstruo.

—Tu padre te hizo entrar en Estados Unidos o entraste por tu cuenta, sea del modo que fuere, él te protegió. Te dio dinero y un nombre que no es el que verdaderamente te pertenece. Por lo tanto, eso indica que se avergüenza de tener una hija asio-americana.

—Si continuas hablando de esa forma, será mejor que terminemos la conversación; he de vestirme —advirtió ella herida, poniéndose en pie.

Bert Punch también se puso en pie frente a Maggie. Le cogió la barbilla entre su pulgar e índice derecho y le rozó los labios pese al gesto de enfado que ella mostraba.

—Hay que aguantar un poco más, Maggie. Sólo pretendo puntualizar las cosas.

—Yo no deseo puntualizar nada.

—Pues yo sí.

Poniendo la mano sobre el borde de la toalla, la agarró tirando suavemente de ella.

CAPÍTULO XII

—¡Quieto! —cortó la joven, recuperando la posición de la toalla, ligeramente perdida—. No sé qué conciencia tendrás, pero no cabe duda de que eres un cínico.

—¿Cuando me recogiste en la carretera sabías que acababan de arrojarme una bomba al interior del coche?

—¿Y si te dijera que sí?

—Mi capacidad de asombro hace mucho tiempo que quedó desbordada.

—Mira, Bert, aquello solo fue un juego para asustarte. Deberás admitir que tras recibir la bomba tuviste el tiempo suficiente para huir del coche.

—Entiendo, sólo deseabais asustarme.

—Como verás, Campbell no es tan monstruo como quieres acusar.

—¿Sabes que en Washington un hombre fue asesinado?

—No, y no conseguirás que lo crea para que mire con desprecio a Campbell —advirtió resuelta.

—¿Tampoco te han dicho que han asesinado a un hombre colgándolo de una viga para hacerme creer que era Hammon y que había muerto?

—¿Te has pasado al bando de los calumniadores?

—De modo que esas noticias ya no te gustan, ¿eh? Tú has dicho que no tenías conciencia monstruosa y supongo que el crimen te repugna.

—Naturalmente. Admito que para los negocios hay que hacer algunas triquiñuelas, que el más astuto gana y se hace rico, pero no tengo una conciencia tan podrida y ruin como para aceptar el asesinato como medio para enriquecerse.

—Menos mal, ya es un alivio.

—Pero no me vas a convencer de que Campbell sea un asesino. Además, si lo fuera, ya se habría encargado la policía de él.

—Campbell es muy astuto, como tú has reconocido, pero él no se detiene ante nada. Por medio del crimen ha sustraído un *dossier* secreto del Pentágono y quiere enriquecerse explotándolo, cuando

el gobierno decidió que debía de ser secreto y no explotable.

—¿Por qué?

—Ése no es asunto nuestro. El gobierno lo decidió en esa forma y Campbell se ha saltado las leyes para conseguir lo que desea, utilizando el crimen.

—No lograrás que lo aborrezca. Es el hombre más inteligente y astuto que he conocido.

—La astucia no siempre es admirable.

—Sí en el caso de Campbell.

—¿Tampoco sabes nada de la chica a la que intentaron asesinar en este apartamento?

Maggie parpadeó de forma que a Bert Punch le pareció sincera.

—No sé de qué me hablas. Aquí no han tratado de asesinar a nadie, que yo sepa.

—Sí, a una chica llamada Betty, la secretaria de Hammon.

—No lo creo.

—Vine a verte, tú no estabas. Entré en el apartamento justo en el instante que los sicarios salían. Peleamos, pero ellos lograron escapar tras golpearme con una pistola.

—Si no estaba yo, ¿cómo entraste tú?

—Utilicé una ganzúa.

—¿Allanamiento de morada?

—Sí. Admito que sabía que tú pertenecías al grupo de Campbell y quise investigarte de cerca.

—¿Me vas a explicar el cuento de la chica que iba a ser asesinada por dos malvados?

—Te guste o no, Betty había sido traída aquí a la fuerza. Posiblemente, esperaban que yo viniera o me estaban vigilando y fue entonces cuando la obligaron a tomar suficiente somnífero como para que muriera y yo me quedara con su cadáver entre las manos.

—¡Me va a ser muy difícil creerlo! ¿Quiénes eran esos sicarios?

—Dos de los secuaces de tu papá, claro que no sería fácil identificarlos con exactitud, estaba oscuro.

—Ya, es muy fácil acusar y luego no poder demostrar nada.

—Estás muy escéptica, pero reconocerás que estuviste en mi apartamento y colocaste un minimicrófono para que cuando hablara fuera escuchado.

—¡No es cierto!

—Debes de saber mentir muy bien, Maggie, pero el olor a jazmín te delató.

—Yo no he ido nunca a tu apartamento, no podrás acusarme de ello. Hice lo que me pidieron: Seguirte, recogerte en la carretera, darte un poco de cuerda, y tú me estás hablando de robos al Pentágono, de crímenes, de una chica que estuvo a punto de ser asesinada y de un hombre al parecer secuestrado.

—Está bien, si no lo crees, podrás comprobarlo por ti misma. Esa chica y yo estuvimos también a punto de ser asesinados en el apartamento de ella.

—Por lo visto, te pasas el día visitando apartamentos de mujeres.

—No bromeo, Maggie. Ven conmigo y la propia Betty te contará que estuvo a punto de ser asesinada.

—De acuerdo. Si tanto insistes, iremos a ver a esa chica y comprobaré cuánta es su desfachatez mintiendo como tú lo haces. Maggie Willson pasó a la habitación y cuando regresó junto a Bert Punch, ya llevaba puesto un corto vestido veraniego color salmón. Poco después, ambos salían del edificio.

Subieron al «Mercedes Benz» de Bert y se pusieron en marcha camino del apartamento de éste. De pronto, Bert se percató de que la aguja del control de la reserva de combustible se hallaba en zona roja, casi pegada a la base.

—Pasaremos por una gasolinera, voy mal de carburante. Es extraño, no creí que hubiera consumido tanto en tan poco tiempo. Quizá es que al ser el motor nuevo algo falla. Deberé llevarlo a repasar. Maggie no respondió. Tomó un cigarrillo de su propio bolso y lo encendió con el mechero del auto.

Bert Punch introdujo el coche en una gasolinera en la que había un gran camión cisterna.

—Lléname el depósito —pidió Bert asomando por la ventanilla y entregando las llaves para que pudieran abrir el cierre del tanque.

El empleado le dijo amablemente:

—Si aguardan unos instantes, enseguida les serviremos; es que están llenando el depósito y se bloquea el surtidor. Pueden pasar a la cafetería y tomar algo. En estos casos que se perjudica al cliente, paga la casa.

—De acuerdo —aceptó Bert—. ¿Vamos, Maggie?

—Qué remedio.

Salieron del coche y Bert entregó las llaves al empleado del surtidor.

Penetraron en la cafetería donde fueron atendidos amablemente mientras el camión cisterna descargaba en los depósitos subterráneos.

—Te empeñas en que vaya a ver a esa chica, pero dudo mucho que termine creyéndola.

—Si ya vas dispuesta a no creer nada...

—Se te ha metido entre ceja y ceja destruir a Campbell, ¿no es cierto?

—Aquí no intervienen mis sentimientos personales, puedo jurártelo, pero vi colgado a alguien al que habían asesinado en lugar de Hammon y luego le habían puesto una careta para que yo creyera que era él y abandonara el caso. Pero, ya ves que ni la bomba en la carretera ni otras cosas, como un ataque del que fui objeto en el apartamento de Betty y donde murió el pistolero al caer desde la azotea, me han hecho desistir de mi investigación.

Mientras hablaban en la barra del establecimiento, el camión cisterna terminó su labor.

El empleado llenó el tanque del «Mercedes». Como que la pareja continuaba en la cafetería y ya tras el «Mercedes» habían ido llegando otros vehículos, metió la llave en el contacto y lo puso en marcha para colocarlo en la salida del carril, junto a la pared y a disposición de Bert.

La bomba de plástico había sido instalada en el coche de Bert Punch por un experto. NO era la simple bomba de tiempo al estilo de Capone, que nada más poner el vehículo en marcha explotaba y la víctima moría justo en el lugar donde había sido colocada la bomba, lo cual dejaba muchas pistas a la policía acerca de la identidad de los asesinos.

La bomba había sido conectada al nivel del tanque de gasolina, de modo que al subir éste, tiraba de un fino hilo que disparaba el minúsculo aparato de relojería, con dos minutos de duración.

Luego, estallaba automáticamente, haciendo reventar el tanque de carburante e incendiándolo en el acto, lo que no dejaba escapatoria alguna al conductor.

La explosión reventó todos los cristales de la cafetería y el coche se convirtió en una bola de fuego que causó la natural alarma entre los

restantes coches que aguardaban a ser repostados.

Bert corrió hacia la puerta de la cafetería. Maggie le siguió, espantada por lo que ocurría.

El empleado de la gasolinera, que en aquellos momentos salía del automóvil, se vio convertido en una llama humana que sólo pudo dar unos cuantos pasos, más empujado por la explosión que por intención propia.

Inmediatamente, en medio de los gritos de mujeres y algunos hombres, entraron en acción los servicios de extinción de la propia gasolinera y los que llevaba el camión cisterna, ya vacío.

Se trataba de acorralar a las llamas para que no se extendieran por el piso aceitado.

Se produjo la lógica confusión. Los bomberos fueron avisados, pues el carburante del «Mercedes» ardía, provocando una gran humareda.

Bert Punch comprendió que nada podía hacer pese a haber contemplado la muerte del empleado de la gasolinera a consecuencia de aquella bomba meticulosamente preparada para él y que por un azar del destino había causado la muerte de un hombre que nada tenía que ver en el caso del *dossier* Hyman 0111.

—¡Maggie! —Buscó en derredor—. ¡Maggie, Maggie!

La bella morena de extraños ojos y esbelta figura había desaparecido en medio de la confusión mientras la gente tosía y las llamas eran acorraladas.

CAPÍTULO XIII

Cuando Bert Punch llegó a su apartamento, Betty, que dormía en la cama del investigador privado, tirada sobre ella sin quitarse el vestido, despertó.

—¿Bert?

—No temas, Betty, soy yo —dijo dejando sobre la mesita de centro la bolsa de lona que llevaba.

—Creo que he dormido un poco, estaba fatigada. Supongo que serán los nervios.

Bert pensó que era mejor no contarle que había estado a punto de morir con la bomba del coche. Esta vez no le habían tirado una bomba para asustarle, sino que la habían colocado meticulosamente para que no escapara.

—¿Han habido visitas?

—No.

—¿Y llamadas telefónicas?

—Tampoco, pero por debajo de la puerta han pasado esta tarjeta postal, seguramente de un amigo tuyo.

La postal era una vista del parque Yellowstone y, en ella, Douglas le enviaba saludos.

—Negativo —musitó Bert.

—¿Negativo? —repitió Betty intrigada.

—Sí. Si me hubieran enviado una tarjeta de Miami, sería positivo.

—Pero, negativo o positivo, ¿el qué?

Él sonrió y palmeó la mejilla femenina, tranquilizándola.

—Hay muchas cosas que siendo mi secretaria jamás comprenderás.

—¿Por qué no puedo comprenderlo?

—Porque son cosas de camaradas en el ejército. Se llega a emplear un argot que sólo entendemos nosotros.

—¿Algo así como una contraseña?

—Sí. Por ejemplo, estábamos delante de una chica y según la frase que empleáramos y que para ella no tenía importancia alguna, quería decir que el compañero debía de ahuecar el ala, que la presa estaba segura.

—Entiendo, un lenguaje de granujas.

Bert abrió la bolsa y comenzó a comprobar lo que traía en ella.

—¿Qué es todo esto?

—Esta noche voy a arriesgarme.

—¿Arriesgarte a qué?

—He de recuperar el *dossier* que Hammon me encargó buscar. Si lo hallo, no conseguirán que él lo traduzca. Será totalmente imposible que lo haga. Hammon podría ser el traductor, pero no el científico que inventara.

—Pero, esto son como grandes ventosas de goma.

—Exactamente. Grandes ventosas de goma con agarraderos en los que se introducen las manos enteras. Luego, estas otras son como zapatos adaptados a las ventosas con un grosor de goma para que el pie mantenga una inclinación constante y la ventosa se adapte perfectamente, sin defectos de posición que impidan el agarre adecuado.

—Bert, no me digas que te vas a convertir en hombre mosca.

—Creo que es la única forma de subir al despacho de Campbell y buscar allí el *dossier*.

—¿Pretendes subir por los cristales?

—Exactamente. Si fuera piedra, estas ventosas no servirían de nada, pero siendo cristal, el agarre de las ventosas resultará perfecto.

—Pero, pueden fallar y matarte.

—Es una posibilidad. También llevaré un casco de espeleólogo, negro y con luz, por si la necesito, y no me digas que de nada va a servirme si me desprendo de las paredes de cristal.

—El edificio es muy alto, te vas a matar.

—Si cada vez que hago algo arriesgado pensara que me voy a matar, no sería investigador privado.

—Pero luego, ¿cómo vas a abrir la caja fuerte?

—Con el equipo también me ha traído un detector audioelectrónico. Es capaz de captar el más mínimo ruido, totalmente imperceptible al oído del hombre, amplificándolo. La caja fuerte no tendrá secretos para mí.

—Bert, lo que te propones es un suicidio.

—Lo que tú debes de hacer es quedarte aquí. Si ellos vuelven a raptarte me vas a complicar la vida, ¿entendido?

—Sí, Bert, es que me horroriza pensar que vas a subir treinta pisos

por la verticalidad exterior, pegándote a los cristales.

—Supongo que es una de las cosas más arriesgadas que he hecho en mi vida, pero ello no es excusa para que deje de hacerla. Si acaso muriera...

—¡Bert!

—Escúchame, si acaso muriera... —Ella se le abrazó, apretando su rostro contra el tórax masculino. El hombre la notó ligeramente temblorosa y rodeó su cintura con las manos—. Escúchame, Betty.

—¡No, no quiero escucharte, no quiero! Estoy sola, siempre he estado sola. Cuando Hammon me empleó, creí que había hallado algo, algo que se encuentra introduciéndose en ese mundillo donde los dólares corren fáciles, pero no es cierto. He descubierto lo que es la vida al encontrarte a ti, Bert, a ti.

—Vamos, vamos, Betty. —Acarició los rubios cabellos y habló al oído, en un runruneo—. Si muero, irás al FBI y contarás todo lo que sabes acerca del caso. Busca al jefe del departamento de contraespionaje, no hables con nadie más excepto con él, ¿comprendido?

—¡Bésame, Bert, bésame!

La complació y la caricia se fue alargando sin que lo notaran.

Las manos de Bert hallaron la cabeza de la cremallera del vestido femenino y tiró de ella, cediendo con facilidad. Aquel día, Betty había adoptado la moda «in» occidental, es decir, sin sujetador.

* * *

Bert Punch se había dirigido a un almacén de automóviles usados para adquirir un coche barato mientras la compañía de seguros estudiaba a fondo el problema del «Mercedes Benz» nuevo que había reventado y la policía, por su parte, consideraba la somera declaración que había hecho Bert Punch al respecto, alegando que nada sabía y que, por el momento, de nadie sospechaba.

El teniente Dylan, amigo suyo, había puesto muy mala cara.

Había muerto un hombre inocente y le exigía que le diera datos del trabajo que estaba realizando, pero Bert Punch se había refugiado en el silencio y el informe pasaría al fiscal. Bert sabía que lo asarían a preguntas, era lo lógico, pero mientras, esperaba desenmascarar a Campbell.

Detuvo su auto en las proximidades de la Trading House Campbell. Ya era de noche y todo el edificio, a excepción de algunos farolillos en los jardines que circundaban el enorme cilindro de cristal y acero, con esqueleto de hormigón, se hallaba a oscuras.

La verja que rodeaba los jardines se alzaba sobre un pequeño muro y sobre la verja había un cable de alto voltaje.

Bert Punch lanzó un garfio plastificado al que iba atada una cuerda de plástico y cáñamo con muchos nudos para facilitar el agarre.

Se había colocado ya el casco y vestía un traje de neopreno al estilo de los submarinistas, totalmente negro. En un ancho cinturón de cuero portaba cuanto iba a necesitar.

Llegó a lo alto de la verja. Frente a su rostro estaba el cable de alto voltaje que podía electrocutarle, pero Bert Punch se había provisto de gruesos guantes de goma y lona exterior.

Con ellos se agarró al tenso cable y dio una voltereta por encima de él.

Su cuerpo tocó el cable, más nada sucedió gracias al traje de neopreno que actuó como aislante. Luego, se desprendió y saltó al jardín.

El traje de goma evitaba también que los perros olfatearan su sudor humano. Olería a una materia a la que los perros no estaban acostumbrados. Cualquier coche podía despedir un olor semejante por sus tapizados plásticos o acolchados de goma.

Vestido de aquella extraña, pero práctica manera, colgando de su cinturón cuanto iba a hacerle falta, incluyendo una pistola con silenciador, se fue acercando al edificio.

Escuchó ladridos de perros. Un vigilante pasó muy cerca con dos de ellos. Bert Punch, pegado al tronco de un árbol, contuvo la respiración. Los canes olfatearon sin descubrirle, pues no estaban preparados para aquel tipo de olores.

Aguardó a que el vigilante hiciera su ronda y, después, prosiguió su avance.

Amparándose en las sombras, consiguió llegar al deslumbrante edificio. La luna era escasa aquella noche y, sin embargo, conseguía arrancar destellos de él. Campbell tenía la idea de que el edificio fuera visto a distancia.

Bert se enfrentó con la pared de cristal de la planta baja. Luego, mirando hacia arriba, quedaban más de doscientos setenta pies de

cristal en vertical. Aquélla iba a ser su gran hazaña, si es que lograba llegar a lo alto.

Se calzó las extrañas botas cuya suela era una gran ventosa y luego, los guantes.

Una vez listo, pegó las ventosas de sus manos al cristal y tiró de ellas con fuerza, más no se soltaron, habían quedado bien adheridas.

Las ventosas tenían una minúscula válvula que se accionaba con los pulgares y entonces se desprendían con suma facilidad. Aquel resorte no lo poseían las de los pies, con las que debía de tirar con más fuerza, haciendo un giro especial para despegarlas en cada ocasión.

Bert Punch dio el primer paso en su ascensión por la pared de cristal. Sobre él quedaban treinta pisos, todo un desafío.

CAPÍTULO XIV

Paso a paso, si es que podían llamarse así sus movimientos, avanzaba como un lagarto sobre los cristales. Era un avance lento, lleno de fatiga y condenadamente laborioso.

No tenía la sensación del vértigo, sus oídos estaban en perfectas condiciones, por ello no le importaba mirar hacia abajo. Sin embargo, la altura era ya muy considerable.

A intervalos con las cuatro grandes ventosas pegadas a los cristales, se detenía para tomar aire y luego continuaba ascendiendo.

Las ventosas funcionaban como había previsto, pero era muy peligroso lo que hacía.

Dos ventosas no podían sostener la totalidad de su cuerpo y siempre debía de tener pegadas tres a los cristales, existiendo en todo momento la posibilidad de que una de ellas se desprendiera, aunque Bert Punch se aseguraba bien cada vez que adhería una.

Al fin, llegó a la balaustrada que rodeaba la terraza-jardín. Aún quedaba un piso más en el que estaba el pequeño helipuerto, situado sobre las dependencias privadas de Campbell.

Al llegar a la balaustrada, ya no le servían las ventosas y se desprendió de ellas dejándolas en el saliente. Se agarró a la baranda de acero inoxidable y se impulsó hacia lo alto.

En medio de la oscuridad de la terraza-jardín, se quitó de los pies aquellas botas de goma cuando un objeto duro y cilíndrico se hundió en su costado.

—Quieto, Punch, o eres hombre muerto.

No reconoció aquella voz, pero era suficientemente expresiva como para hacerle caso, máxime estando apoyada por una pistola.

De pronto, todas las luces de la terraza-jardín se encendieron e incluso comenzaron a funcionar las fuentes de colores en un espectáculo magnífico.

Ante tanta luz, Bert Punch parpadeó, sin poder dar crédito a lo que estaba viendo.

Allí, como en una reunión social, estaban todos esperándole, riéndose de él. El mismísimo Campbell, desde su silla de mimbre,

preguntó:

—¿Ha sido muy dificultosa la escalada por los cristales, señor Punch?

A su lado estaba el falso policía, posiblemente el tipo que le había colocado la bomba en el automóvil.

Frente a él, cerrando las salidas, se hallaban los dos gorilas y luego, sentados en sendas sillas de mimbre, estaban Kopiev y Hammon, también sonrientes. Por si faltara algo, fumando con una gran desfachatez, estaba...

—¡Betty!

—Hola, Ber. ¿Has tenido muchas dificultades para llegar aquí arriba?

—¡Diablos! —Caminó hacia delante, empujado por la pistola del sicario—. Podía esperar muchas cosas aquí arriba, pero no tu presencia.

—Betty ha resultado una magnífica colaboradora —dijo Campbell—. Le tenía mucha confianza y, la verdad, no me ha defraudado.

Kopiev, que se hallaba junto a Betty, le acarició el dorado cabello y opinó:

—Es algo voluble. No se puede pretender tener su amor en exclusiva, ama y prodiga su amor con facilidad, pero por encima de todo está ella misma y lo mejor que tiene es que es una gran actriz.

—De eso puedo dar testimonio —admitió Bert Punch.

—Y a mí, ¿no me dice nada? —preguntó Hammon sonriendo sarcástico.

—Sí, que usted no es Hammon.

Aquel hombre obeso, al que conociera dentro de la piscina del Sun and *Water* Club, palideció, ligeramente sorprendido.

—Ya ves, Charly, nuestro común amigo Punch no es tan tonto como suponías; te ha desenmascarado.

—¿Cómo lo consiguió?

—Fue fácil. Grabé su voz y luego pedí la identificación; me respondieron negativo. La voz puede identificarse lo mismo que una huella digital y quienes trabajan en los departamentos secretos del Pentágono tienen su voz clasificada. Fue un error de su parte e imagino que el verdadero Hammon fue el hombre al que colgaron en el *cottage* para confundirme.

—Ha dado usted en el clavo, Punch —aceptó Campbell—. Hay que

admitir que es listo, condenadamente listo. Una pena, porque no pensará que le vamos a dejar escapar, ¿verdad?

—Su amigo falló con la bomba en el coche.

—Sí, a veces los sistemas perfectos también fallan— admitió el financiero.

—Maggie iba conmigo y estuvo a punto de morir.

Campbell semejó preocuparse.

—No le sucedió nada, ¿verdad?

—No, pero murió el empleado de la gasolinera.

—Siempre hay errores, pero si pueden subsanarse...

—Ya no podrá devolverle la vida a aquel hombre —le objetó Bert.

—No me refiero a ese detalle, sino a tu propia muerte, mi querido señor Punch. Hubo un fallo y lo resolveremos pronto. Ha venido usted a buscar esto, ¿verdad? —Mostró el *dossier* que estaba sobre la mesa de la terraza-jardín—. Éste es un proyecto secreto del invento para motores oxihidráulicos que revolucionará toda la industria de los vehículos pesados y yo terminaré siendo el dueño absoluto de él. Seré yo quien haga el «*crack*» de la industria petrolífera, ya que el gobierno quiere evitarlo manteniendo secreto este *dossier*.

—Por lo visto, ésta no es mi noche de suerte.

—Admitir la derrota es ser frío y tener un completo dominio de uno mismo, señor Punch.

—Pronto tendremos un traductor de la clave —agregó el falso Hammon al que Campbell llamaba Charly—. Vendrá desde Washington, Campbell le pagará bien y nadie se enterará de que ha sido el traductor.

—En todas partes hay traidores —admitió Punch.

—Hammon no quiso avenirse a razones y tuvimos que eliminarlo, fueron inútiles todas las presiones, era un tipo demasiado íntegro —dijo Campbell—. No era como su ayudante, que fue quien sacó el *dossier* del archivo secreto, claro que como él ignoraba la clave, era mejor quitárselo de encima.

—Si lo tenían todo controlado, ¿por qué me contrataron ustedes mismos, haciéndose pasar ese gordo por Hammon?

—Es sencillo. El verdadero Hammon tenía una pista y había llegado hasta aquí. Al parecer, debía encontrarle a usted para recuperar el *dossier*. Todo eso lo supimos inyectándole la droga de la verdad,

lástima que esa droga no sirviera también para traducir claves secretas. Fue entonces cuando descubrimos que era usted un W. H. M.,

es decir, un White-House-Man[1], un agente para casos especiales, no adscrito a ningún organismo oficial y que se esconde tras la apariencia de un investigador privado. Lógicamente, también supimos lo de papá Douglas, su contacto con las altas esferas del contraespionaje. Había que dejar que esas altas esferas creyeran que todo funcionaba perfectamente mientras nosotros intentábamos traducir el *dossier* y que no enviaran a más tipos como usted, ya que conociéndole era mucho más fácil controlarlo y asustarle, aunque se ha puesto demasiado terco.

—Una pena, ha sido el mejor tipo con el que me he tropezado en mi vida —suspiró Betty espontáneamente.

—¿El mejor? —inquirió Kopiev no sin cierta decepción.

—Frank, tú no le llegas ni a la suela de los zapatos.

—¿Cuánto te han pagado por hacer esto, Betty? —interrogó Bert con desprecio.

—Betty es una chica ambiciosa. Además de dinero me ha pedido un contrato en Broadway. Llegará a ser una excelente actriz.

A las palabras de Campbell, Bert respondió:

—De eso no cabe duda alguna. De ella no he sospechado en ningún momento, supo hasta utilizar el mismo perfume a jazmines de Maggie para visitar mi apartamento y colocar el espía electrónico. Así recelaría de Maggie y no de ella.

—Has de admitir que hice un trabajo perfecto, lo mismo que cuando nos atacaron en mi apartamento. La pena fue que la muerte de Henry no estaba programada.

—Sí, fue una lástima que se rompiera la cabeza contra el borde de la piscina —admitió Kopiev—. Era un tipo eficaz.

—Lo que más debo de admirar fue el trabajo de Betty cuando estaba supuestamente drogada.

—Sólo tomé cuatro pastillas, las suficientes como para aparecer idiota, claro que no me gustó nada la vomitera a la que me obligaste. Te hubiera clavado un cuchillo.

—Esta noche, antes de despedirnos, ¿también actuabas? —preguntó Bert.

—Bueno, he de aceptar que cuando quieres sabes trabajar

sabiamente a las mujeres. Ha sido un gol a tu favor.

Súbitamente, se apagaron todas las luces.

Bert no perdió el tiempo y se hizo a un lado. El asesino que le encañonaba, ante el temor de que escapara, jaló el gatillo de su pistola, sólo que Bert ya no estaba y como se hallaba frente a Campbell, fue éste quien recibió el balazo en mitad del pecho.

—¡Bert, escapa, escapa! —gritó la voz de Maggie Willson.

Las sombras eran confusas. Campbell había quedado quieto, sin vida, en su sillón de mimbre.

Betty corrió asustada. Vestía pantalones y las sombras se confundían. Uno de los gorilas se lanzó sobre ella creyéndola Bert, pues apenas se veían, y al hallarse al borde de la terraza, el impulso provocado por aquella masa de ciento diez kilos fue tan grande que ambos saltaron por encima de la baranda, cayendo al vacío.

—¡Luz, hay que dar la luz! —gritó Kopiev.

De la bolsa de cuero colgada en su cinturón, Bert sacó su pistola y disparó sobre una sombra que corría hacia la puerta del ascensor. Ésta cayó de bruces, era el sicario de la bomba.

Bert se quitó el casco y encendiendo su luz, lo dejó en el suelo. De inmediato, las balas llovieron sobre él y Bert disparó a su vez contra los fogonazos.

Kopiev cayó en el interior de las fuentes. Al amanecer, las aguas aparecerían teñidas de rojo.

—¡No me maten, no me maten, confesaré lo que quieran! —gritaba el falso Hammon.

Bert saltó sobre la mesa, apoderándose del *dossier* secreto, y masculló al falso Hammon:

—Sería un buen testigo para inculpar a Campbell, pero ya no hace falta.

—¿Por qué?

—Campbell ha muerto ya.

—¡Bert, sube por la escalerita! —le pidió Maggie.

—No irá a matarme, ¿verdad?

El otro gorila avanzaba hacia ellos agazapado, tratando de no ser visto.

—Al contratarme, usted mismo me dijo que no tenía cortapisas, que eliminara todos los obstáculos.

—¡Pero yo no soy Hammon!

—Eso ya se lo explicaré a papá Douglas. El arreglará los asuntos con la policía de la ciudad y se dará carpetazo al expediente.

—¡Déjeme libre, le pagaré lo que quiera, los cincuenta mil que le prometí!

—No, Charly, voy a darle lo que se merece.

El karateka corrió hacia ellos saltando sobre Bert, mas éste lo rechazó con la punta de la pistola. Charly aprovechó para huir hacia el ascensor, pero éste no funcionaba.

La propia Maggie, que conocía bien el lugar, lo había desconectado desde el control que había allí arriba. A ella nadie iba a cortarle el paso sabiendo que Campbell la protegía.

El falso Hammon, un individuo muy nervioso, abrió la caja de los controles eléctricos. Al querer conectar la palanca trifásica, por su mano empapada de sudor pasó la corriente. Gritó desafortunadamente mientras era sacudido por los electrones que lo electrocutaron.

Bert luchó contra aquel gorila. Practicó un sacrificio de judo y se dejó caer de espaldas, pero con la planta del pie empujó el cuerpo de su enemigo por encima de él.

Detrás estaba la baranda y el guardaespaldas salió volando mientras abajo se encendían más luces, los perros ladraban y se daba la señal de alarma.

Bert buscó la escalerilla donde le esperaba Maggie, recogiendo de nuevo el *dossier* que estuviera a punto de perder.

—En el helicóptero están las llaves puestas. ¿Sabes manejarlo?

—Sí. Abajo se va a poner la cosa muy fea.

—¿Y Campbell?

—El tipo que me encañonaba lo ha matado por equivocación.

—Tenías razón, Bert, admiraba a un asesino. Aunque me dio el lujo, nunca me reconoció como a su hija.

Subieron al aparato y las grandes hélices comenzaron a girar. El rotor aumentó la velocidad y el helicóptero ganó altura, alejándose de la Trading House Campbell.

—¿Adónde vamos ahora?

—Tenemos que desprendernos de este trasto. Luego, cuando le explique a papá Douglas todo lo sucedido, él se encargará de aclarar ante la Policía Metropolitana de Los Angeles que éste era un asunto federal.

—¿Es que tú eres un federal?

—¿Yo federal? Oh, no, sólo soy un tipo al que le gusta una chica valiente que se llama Maggie.

El helicóptero se alejó hacia la costa. Bert le hizo perder altura y cuando se adentraban en el océano, sujetó el mando del aparato y preguntó a la muchacha:

—¿Sabes nadar?

—Lo suficiente.

—Bien, tápate la nariz y abajo. Nadaremos hacia la playa.

—¿Y el helicóptero?

—Cuando se le termine el combustible caerá al mar y creo que será bastante lejos.

Se lanzaron al océano. Bert la agarró por la cintura y así cayeron sobre las negras aguas, hundiéndose en ellas para volver a salir.

Mas, la altura había sido suficiente como para que el *dossier* escapara de la mano de Bert Punch y como tenía guías de acero para comprimir las hojas, se hundió lentamente en el agua mientras ellos nadaban hacia la playa.

Empapados, al fin se sentaron sobre la blanda arena.

—Todo terminó, Bert.

—Yo diría que ahora comienza algo nuevo para nosotros.

—¿Y ese *dossier* que ha causado tanto daño?

—Se ha perdido en el océano, pero no hay cuidado; el Pentágono siempre hace las cosas con un mínimo de duplicado.

—No sé si me convienes, Bert. Llevas una vida demasiado peligrosa.

—Pues trataré de convencerte.

La rodeó por el cuello, la estiró sobre la arena y se volcó materialmente sobre sus labios mientras aquellos ojos asio-americanos brillaban de forma especial a la luz de la débil luna.

FIN



Rafael Barberán Domínguez (Barcelona, 1939), más conocido por el pseudónimo de Ralph Barby es un escritor español de novelas populares, también conocidas como bolsilibros o «libros de a duro» en referencia a su bajo precio.

Estrechamente vinculado a la Editorial Bruguera, Rafael Barberán forma parte de los escritores de la Literatura popular española, junto con otros autores como Corín Tellado, Marcial Lafuente Estefanía, Frank Caudet o Silver Kane.

Bajo el pseudónimo de Ralph Barby estaba también su esposa, Àngels Gimeno, con la que compartía la tarea de escribir.

La lista total de los libros publicados por Barby cuenta con más de un millar de títulos y más de quince millones de ejemplares vendidos solo en español, a los que habría que sumar otros tres millones en portugués.

Empezó publicando novelas bélicas y del oeste en las colecciones de las editoriales Ferma y Toray, aunque su éxito llegó poco después con las novelas de ciencia ficción y horror que publicó en las colecciones de la editorial Bruguera, con la que firmó un contrato de exclusividad que duró más de dos décadas.

Con el cierre de Bruguera, a mediados de los años ochenta, Rafael Barberán y su mujer crearon su propia editorial, Ediciones Olympic. Con ella publicaron numerosas novelas del oeste y de terror.

Una de sus novelas del oeste, *Cinco mil dólares de recompensa*, fue llevada al cine en 1974 por el director mexicano Arturo Ripstein.

Personajes estereotipados y relaciones tópicas son las características principales de sus historias, narradas casi siempre con gran desenfado, muy típico de la época en la que fueron escritas.

Notas

[1] Hombre de la Casa Blanca. < <